

Capítulo IV

LA ÉPOCA DE LA DINASTÍA DE HERACLIO (610-717)

La dinastía de Heraclio y su origen.

La dinastía formada por Heraclio y sus inmediatos sucesores en el trono de Bizancio fue, probablemente, de origen armenio. Al menos así podemos deducirlo de un texto del historiador armenio del siglo VII. Sebeos, fuente valiosa para la época de Heraclio. Sebeos escribe que la familia de Heraclio estaba emparentada con la famosa casa armenia de los Arsácidas⁶⁰. Esta afirmación queda en cierta medida contradicha por los testimonios de varias fuentes respecto a la dorada cabellera rubia de Heraclio. Este reinó del 610 al 641. De su primera mujer, Eudoxia, tuvo un hijo, Constantino, quien solo reinó —a la muerte de su padre— algunos meses, muriendo también el 641. Se le conoce en la historia por el nombre de Constantino III (el nombre de Constantino II reservado a uno de los hijos de Constantino el Grande). A la muerte de Constantino III, el trono fue ocupado durante varios meses por Heracleonas (Heracleon) hijo de Heraclio y de su segunda mujer Martina. Fue depuesto en el otoño de año 641, y el hijo de Constantino III, Constante II, fue proclamado emperador y reinó de 641 a 668, Es probable que su nombre fuese un diminutivo de Constantino, ya que en las monedas bizantinas, en los documentos oficiales de este período en Occidente, e incluso en algunas fuentes bizantinas, se le llama Constantino; parece que Constante fue el nombre que le dio el pueblo. Tuvo por sucesor a su hijo, el enérgico Constantino IV, ordinariamente llamado *Pogonato*, es decir “el Barbudo” (668-685).

Pero hoy se tiene casi la certeza de que el sobrenombre de Pogonato no debe atribuirse a ese emperador, sino a su padre, Constante II⁶¹. Con la muerte de Constantino IV (685), termina el mejor periodo de la dinastía heracliana. El último emperador de la dinastía, Justiniano II, el *Rhinometa* (“nariz cortada”), hijo de Constantino IV, reinó dos veces, de 685 a 695 y de 705 a 711, El período de Justiniano II, notable por sus numerosas atrocidades, no ha sido bastante estudiado. Parece razonable suponer que las persecuciones del emperador contra los representantes de la nobleza no tuvieron por causa pura arbitrariedad, sino el secreto descontento de aquellos aristócratas, que se negaban a aceptar la política autoritaria y autocrática del emperador y procuraban destronarle. Fue depuesto en 695, cortándosele la nariz y la lengua⁶² y desterrándosele a Querson, en Crimea, de donde logró huir, refugiándose al lado del kan de los kázaros, con cuya hermana había de casar. Más tarde, ayudado por

⁶⁰ Sebeos, *Historia del emperador Heraclio*, t. XXXII (trad. del armenio. San Peterburgo, 1862).

⁶¹ E. W. Brooks, *Who was Constantine Pogonatus?* (Byzantinische Zeits., t. XVII. 1908).

⁶² La mutilación no fue tan completa que le impidiese hablar.

los búlgaros, pudo recuperar el trono, y su vuelta a la capital fue señalada por crueles represalias contra los que habían contribuido a su caída. Su tiranía provocó, en 711, una revolución durante la cual Justiniano y su familia fueron asesinados. El 711 acabó, pues, la dinastía heracliana. En el intervalo entre los dos reinados de Justiniano II, ocuparon el trono el jefe militar Leoncio (695-698), originario de Isauria, y Apsimar, que a su exaltación al purpurado tomó el nombre de Tiberio III (698-705). Ciertos eruditos ven en Apsimar un hombre de origen godogriego. Tras la sangrienta deposición de Justiniano II, en 711, el trono bizantino fue ocupado, en seis años, por tres emperadores ocasionales: el armenio Bardanes o Filípico (711-714); Artemio, rebautizado con el nombre de Anastasio al coronarse (Anastasio II, 714-715), y Teodosio III (715-717). La anarquía reinante en el Imperio desde 695 concluyó en 717 con el advenimiento del famoso León III, cuyo reinado abrió un nuevo periodo en la historia de Bizancio.

Los eslavos ante los muros de Constantinopla. Las campañas contra los persas.

Heraclio fue un emperador muy capaz y activo. Tras la tiranía de Focas pareció, en cierto modo, un soberano ejemplar. Según el poeta contemporáneo Jorge de Pisidia, quien describió en versos excelentes las campañas del nuevo emperador contra los persas y la invasión de los avaros, Heraclio declaraba que “el poder debe brillar más por el amor que por el terror”⁶³.

Al llegar Heraclio al trono la situación del Imperio era grave en extremo. Los persas amenazaban por el este, los avaros y eslavos por el norte, y en el interior reinaba la más completa anarquía tras el desgraciado gobierno de Focas. El nuevo emperador no tenía recursos pecuniarios ni fuerzas militares suficientes. Este conjunto de cosas explica los hondos trastornos que conmovieron el Imperio en la primera parte del reinado de Heraclio.

En 611, los persas emprendieron la conquista de Siria, ocupando Antioquía, la ciudad más importante de las provincias orientales bizantinas. Damasco no tardó en caer en manos persas. Concluida la conquista de Siria, los persas marcharon sobre Palestina y el 614 cercaron Jerusalén, que resistió veinte días. Pasados éstos, las torres de ataque y los arietes persas abrieron brecha en las murallas y, según una fuente, “los malditos enemigos invadieron la ciudad con rabia semejante a la de bestias furiosas o dragones irritados”⁶⁴. La ciudad fue entregada al pillaje y los santuarios cristianos destruidos. La iglesia del Santo Sepulcro, erigida por Constantino el Grande, fue incendiada y saqueados sus tesoros. Los cristianos sufrieron vejaciones intolerables cuando no la muerte. Los judíos de Jerusalén se pusieron al lado de los persas, participando en las matanzas, en las cuales, según algunas fuentes, perecieron sesenta mil cristianos. Muchos tesoros fueron transportados a Persia desde la ciudad santa. Una de las reliquias más veneradas de la Cristiandad, la Santa Cruz, fue llevada a Ctesifonte. Entre los prisioneros enviados a Persia estaba Zacarías, patriarca de Jerusalén.

⁶³ Jorge de Pisidia, *De expeditione persica*, vers. 90-91.

⁶⁴ Antíoco Estrategos, *Toma de Jerusalén por los persas* (tr. del georgiano por N. Marr). San Petersburgo, 1909).

Esta devastadora conquista de Palestina por los persas y el pillaje de Jerusalén representan un momento crítico de la historia de la provincia palestiniana. Kondakov dice: “Fue un desastre inaudito, tal como no había existido desde la toma de Jerusalén bajo el reinado de Tito. Pero esta vez no se pudo poner remedio a tal calamidad. Nunca más la ciudad conoció período análogo a la brillante época del reinado de Constantino. Desde entonces la ciudad y sus monumentos declinaron de manera continua, paso a paso, y las mismas Cruzadas, tan ricas en consecuencias y en diversos provechos para Europa, no provocaron sino turbación, confusión y degeneración en la vida de Jerusalén. La invasión pérsica tuvo como efecto un cambio inmediato de la situación creada por la artificial importación de la civilización grecorromana a Palestina. La invasión arruinó la agricultura, despobló las ciudades, aniquiló gran número de conventos y monasterios, detuvo el desarrollo del comercio. Aquella invasión libertó a las tribus merodeadoras árabes de las convenciones que las trababan y del miedo que las retenía, y así comenzaron a fundar la unidad que hizo posibles las grandes invasiones del período posterior... Palestina entra de tal suerte en ese período turbulento que sería lícito calificar de medieval si no se hubiese prolongado hasta nuestros días”.

La facilidad con que los persas señorearon Siria y Palestina se explica en parte por las condiciones religiosas de la vida de aquellas provincias. La mayoría de los pobladores, sobre todo en Siria, no compartía la doctrina ortodoxa oficial sostenida por el gobierno de Constantinopla. Los nestorianos, y después los monofisitas, que habitaban en aquellas regiones, vivían duramente oprimidos, según vimos, por el gobierno de Bizancio, y por tanto preferían la dominación de los persas, adoradores del fuego, entre quienes los nestorianos gozaban de una libertad religiosa relativamente grande.

La invasión persa no se limitó a Siria y Palestina. Parte del ejército tras cruzar toda el Asia Menor y tomar Calcedonia (a orillas del mar de Marmara, junto al Bósforo), acampó cerca de Crisópolis, hoy Escútari, frente a Constantinopla, mientras otro ejército persa se preparaba a conquistar Egipto; Alejandría cayó, probablemente, el 618 ó 619. En Egipto, lo mismo que en Palestina, la población monofisita no apoyó con calor al gobierno bizantino y aceptó con júbilo el dominio persa.

Para el Imperio bizantino la pérdida de Egipto fue desastrosa. Egipto era en efecto, según ya vimos, el granero de Constantinopla, y una suspensión de los suministros de grano egipcio debía obrar gravemente sobre el estado económico de la capital.

A la vez que el Imperio bizantino sufría tan pesadas pérdidas en el sur y el este, a causa de las guerras pérsicas, surgía en el norte otro peligro, que constituía también una seria amenaza. Las hordas avaro-eslavas de la península balcánica, conducidas por el Kan de los avaros, se dirigían hacia el sur, saqueando y devastando las provincias septentrionales. Llegaron hasta la misma Constantinopla, donde chocaron con los muros de la ciudad. Esta vez la expedición se limitó a incursiones que procuraron al kan de los avaros numerosos prisioneros y rico botín, que condujo al norte⁶⁵.

Tales movimientos de pueblos dejaron huellas en los escritos de un contemporáneo de Heraclio, Isidoro, obispo de Sevilla, quien observa en su crónica que “Heraclio entró en el sexto (o quinto) año de su reinado, al principio cual los eslavos conquistaron

⁶⁵ Según toda verosimilitud, esta invasión ávara se produjo el 617.

Grecia a los romanos y los persas se apoderaron de Siria, Egipto y gran número de provincias”⁶⁶.

Tras alguna vacilación, el emperador decidió atacar a los persas. Dada la penuria del tesoro, Heraclio apeló a las riquezas de los templos de la capital y las provincias, ordenando que se transformasen aquellos bienes en monedas de oro y plata. Como Heraclio previera, el peligro que en el norte hacía correr al Imperio el Kan de los avaros se alejó mediante el pago de una gruesa suma de dinero y la entrega de rehenes distinguidos. Y después, en la primavera del 622, el emperador se trasladó al Asia Menor, donde reclutó muchos soldados, instruyéndolos en el arte de la guerra durante varios meses. La guerra contra los persas, que tenía por fin secundario la recuperación de la Santa Cruz y de la ciudad de Jerusalén, asumió formas de Cruzada.

Los historiadores modernos creen probable que Heraclio sostuviera tres campañas contra los persas entre los años 622 y 628, todas coronadas por brillantes éxitos para las armas bizantinas. El poeta contemporáneo Jorge de Písidia compuso en ocasión de esos triunfos el *Epinikion* (“Canto de victoria”) titulado *La Heracliada*, y en uno de sus poemas sobre la creación, el *Hexámeron* (o “Seis días”), aludió a la guerra de seis años en que Heraclio venció a los persas. Un historiador del siglo XX, F. I. Uspenski, compara la expedición de Heraclio a las gloriosas conquistas de Alejandro Magno. Heraclio se aseguró la ayuda de las tribus caucásicas y la alianza de los kázaros. Uno de los principales escenarios de las operaciones militares fueron las provincias persas del norte, fronterizas al Cáucaso.

En ausencia del emperador, ocupado en conducir los ejércitos a aquellas lejanas expediciones, la capital corrió un serio peligro. El kan de los avaros, rompiendo el acuerdo concluido con el emperador, marchó sobre Constantinopla (626) con inmensas hordas de avaros y eslavos. Había llegado también a un pacto con los persas, quienes enviaron parte de su ejército a Calcedonia. Las hordas avaro-eslavas sitiaron Constantinopla, que conoció durante mucho tiempo la mayor ansiedad. Pero la guarnición logró rechazar la ofensiva y al cabo hizo huir al enemigo. Cuando los persas supieron que el kan avaro, fracasando en su tentativa, se alejaba de Constantinopla, retiraron sus tropas de Calcedonia y las enviaron a Siria. La victoria de Bizancio sobre el kan en 626 fue uno de los factores principales del debilitamiento del reino de los avaros.

Hacia la misma época (624). Bizancio perdió sus últimas posesiones en España. La conquista de tales posesiones fue concluida por el rey visigodo Suintila. Sólo quedaron en manos del emperador las Baleares.

A fines del año 627 Heraclio deshizo por completo a los persas en una batalla sostenida no lejos de las ruinas de la antigua Nínive (en las cercanías de la actual Mosul, sobre el Tigris), y avanzó hacia el interior de las provincias centrales de Persia. Cayó en sus manos un rico botín. El emperador envió a Constantinopla un largo y triunfal manifiesto describiendo sus éxitos militares sobre los persas y anunciando el final y brillante desenlace de la guerra⁶⁷. Su mensaje fue leído desde el púlpito de Santa Sofía. Entre tanto, el rey persa, Cosroes fue destronado y muerto, y el nuevo soberano,

⁶⁶ La cronología de Isidoro no es muy segura.

⁶⁷ Ese manifiesto se conserva en el *Chronicon Paschale*

Kavad-Siroes, entabló tratos de paz con Heraclio. Por las estipulaciones del nuevo acuerdo los persas devolvían al Imperio bizantino las provincias que le habían conquistado, es decir, Siria Palestina y Egipto, y reintegraban la Santa Cruz. Heraclio volvió, victorioso, a Constantinopla y a poco se encaminó a Jerusalén con su mujer, Martina, llegando el 21 de marzo del 630⁶⁸. La Santa Cruz, devuelta por los persas, fue situada en su antiguo lugar, con gran júbilo de todo el mundo cristiano. Un historiador armenio contemporáneo (Sebeos) escribe en esta ocasión: “Hubo mucha alegría aquel día a su entrada en Jerusalén: ruido de lloros y suspiros, abundantes lágrimas, una inmensa llama en los corazones, un desgarramiento de las entrañas del rey, de los príncipes, de todos los soldados y habitantes de la ciudad; y nadie podía cantar los himnos del Señor a causa del grande y punzante enternecimiento del rey y de toda la multitud. El la restableció (la cruz) en su lugar y repuso todos los objetos eclesiásticos cada uno en su sitio, y distribuyó a todas las iglesias y a los moradores de la ciudad presentes y dinero para el incienso”⁶⁹.

Es interesante notar que la victoria de Heraclio sobre los persas está mencionada en el Corán, donde leemos: “Los griegos fueron vencidos por los persas... pero después de su derrota los vencieron a su vez, pasados pocos años”⁷⁰.

La guerra pérsica de Heraclio representa para Bizancio una fecha trascendente de su historia. De las dos principales potencias que alegaban pretensiones universales en la Alta Edad Media, es decir, Persia y Bizancio, la primera perdió entonces su importancia, trocándose en un Estado débil y dejando en breve de tener existencia política a consecuencia de las invasiones árabes. En cambio, el victorioso Imperio bizantino dio un golpe mortal a su sempiterno enemigo, recuperó sus perdidas provincias orientales, devolvió a la Cristiandad la Santa Cruz y todo ello mientras libraba a la capital de la formidable amenaza de las hordas avaro-eslavas. El Imperio bizantino parecía en la cúspide de su gloria y pujanza. El historiador italiano Pernice escribe al propósito: “En 629 la gloria de Heraclio está en su apogeo; la luz de su genio ha disipado la oscuridad suspendida sobre el Imperio; ante los ojos de todos parece abrirse una era gloriosa de grandeza y paz. El temido enemigo de siempre, Persia, está abatido en definitiva; en el Danubio, la potencia de los avaros declina rápidamente. ¿Quién, pues, podía resistir a las armas bizantinas? ¿Quién podía amenazar al Imperio?”.

El soberano de la India envió a Heraclio una felicitación tras la victoria bizantina sobre los persas, remitiéndole a la vez gran cantidad de piedras preciosas⁷¹. Dagoberto, rey de los francos, expidió a Bizancio enviados extraordinarios y concluyó con Heraclio una paz perpetua. Y en 630, Borana, reina de los persas, concluyó, parece que por oficios de un embajador especial, una paz en regla con Heraclio⁷².

⁶⁸ Esta fecha fue descubierta en el relato georgiano de Antíoco Estrategos, *La toma de Jerusalén por los persas*.

⁶⁹ Sebeos, *Historia del emperador Heraclio*.

⁷⁰ Corán, XXX, I, sección titulada *Los griegos*.

⁷¹ Teófanos, *Chronographia*.

⁷² *Cronica Minora*, I, trad. por I. Guidi (París, 1903); Agapio de Menbidi, *Historia Universal*, t. II; *Miguel el Sirio*, trad. por A. Chabot, t. II.

Tras el feliz desenlace de la guerra persa, Heraclio, en 629, tomó por primera vez el nombre oficial de *basileo*. Tal nombre existía hacía siglos en Oriente, y sobre todo en Egipto, y desde el siglo IV habíase hecho corriente en las zonas de lengua griega del Imperio, pero sin ser reconocido todavía como título oficial. Hasta el siglo VII, el equivalente griego del latino *imperator* había sido la palabra *autocrator*, es decir, “autócrata”, que etimológicamente no correspondía al sentido de *imperator*. El único soberano extranjero a quien el emperador bizantino consentía en titular basileo era el rey de Persia (salvo también el remoto monarca abisinio). Bury escribe: “Mientras hubo en el exterior un gran basileo independiente del Imperio romano, los emperadores se abstuvieron de adoptar un título que hubieran compartido con otro monarca. Pero cuando ese monarca hubo sido reducido a la condición de vasallo dependiente y dejó de existir competencia entre ambos imperios, el emperador indicó al mundo su victoria tornando oficialmente el título que oficiosamente hacía siglos que se le daba”. En las provincias recuperadas —Siria, Palestina, Egipto—, donde había una proporción dominante de monofisitas, se presentó otra vez el angustioso e importantísimo problema de la actitud del gobierno hacia los monofisitas. Por otra parte, la larga y persistente lucha de Heraclio contra los persas, a pesar de su éxito final, produjo un momentáneo debilitamiento del poder militar del Imperio bizantino, como consecuencia de las fuertes pérdidas en hombres y dinero. Además, el Imperio no obtuvo el período de calma que necesitaba tanto. En efecto, a poco de la guerra pérsica apareció una amenaza formidable y completamente inesperada, cuya gravedad no se comprendió bien al principio: el peligro árabe. Los árabes abrieron una nueva era de la historia del mundo al invadir los territorios del Imperio bizantino y de Persia.

Gibbon, en *Historia del declive y caída del Imperio romano*, habla de este empuje árabe en los términos siguientes: “Mientras el emperador triunfaba en Constantinopla o en Jerusalén, una oscura ciudad de los confines de Siria era puesta a saco por los sarracenos, quienes destrozaron los ejércitos que avanzaban en socorro de la población, incidente trivial e irrisorio de no haber preludiado una revolución formidable. Aquellos saqueadores eran los apóstoles de Mahoma, su fanático valor había surgido en el desierto, y en los últimos ocho años de su reinado, Heraclio perdió, a manos de los árabes, las mismas provincias que había obligado a los persas a devolverle”.

Los árabes. Mahoma y el Islam.

Mucho antes de la era cristiana, los árabes, pueblo de origen semítico, ocuparon la península arábiga y el desierto de Siria, continuación geográfica de la península al norte y que se extiende hasta el Éufrates. La península arábiga, equivalente poco más o menos a la cuarta parte de Europa, está bordeada por el golfo Pérsico al este, el océano Índico al sur y el mar Rojo al oeste, mientras al norte penetra, casi sin transición, en el desierto sirio. Las provincias más conocidas de la península eran: el Nedj, en la meseta central; el Yemen o Arabia Feliz, al sur de la península; el Hedyaz, faja estrecha a lo largo del mar Rojo, que se extendía del Yemen al norte de la península. Este árido país no era habitable en todas sus partes. Los árabes, pueblo nómada, moraban especialmente en el norte y centro de Arabia. Los beduinos se consideraban los representantes más puros y auténticos de la raza árabe y únicos poseedores de dignidad y de valores personales. A más de los beduinos nómadas había algunos sedentarios,

establecidos en un corto número de ciudades y aldeas y a quienes los beduinos, errantes, trataban con arrogancia cuando no con indiferencia.

El Imperio romano había necesariamente de entrar en conflicto con las tribus árabes de la frontera oriental siria, y se vio forzado a tomar medidas para proteger territorio ocupado por sus enemigos . Con esta intención los emperadores romanos mandaron construir una serie de fortificaciones fronterizas, el llamado *limes* sirio, análogo, en menor escala por supuesto, al famoso *limes romanus* de la frontera danubiana, que se elevó con miras a la defensa del Imperio contra las invasiones germánicas. Algunas ruinas de las principales fortificaciones romanas de la frontera siria subsisten aún hoy.

Desde el siglo antes d.C. comenzaron a formarse estados independientes entre los árabes de Siria. Tales estados sufrieron mucho la influencia de las civilizaciones griega y aramaica. Así se les da a veces el nombre de reinos helenísticos arabo-arameos. Entre sus ciudades, Petra se convirtió en particularmente floreciente y próspera, gracias a su ventajosa situación en el cruce de varios grandes caminos comerciales. Las magníficas ruinas de esta ciudad atraen hoy aun la atención de los historiadores y arqueólogos contemporáneos.

Desde el punto de vista de la civilización y desde el político, el más importante de todos los reinos arabo-sirios de la época del Imperio romano fue el de Palmira, que tuvo por soberana a la que los autores romanos y griegos llaman Zenobia. Aquella valerosa reina, mujer de cultura helenística, fundó en la segunda mitad del siglo III d.C. un gran Estado, conquistando Egipto y la mayor parte del Asia Menor. Según B. A. Turaiev, ésa fue la primera advertencia de la reacción de Oriente y de la división del Imperio en dos partes, oriental y occidental. El emperador Aureliano restableció la unidad del Imperio y, en 273, la reina vencida hubo de seguir el carro del emperador triunfante a la entrada de éste en Roma. La rebelde Palmira fue destruida. Sus imponentes ruinas atraen tanto como las de Petra a los sabios y turistas contemporáneos. El famoso monumento epigráfico de Palmira, la “carta” palmiriana, grabada en una piedra enorme y que contiene preciosos informes sobre el comercio y hacienda de la ciudad, ha sido transportada a Rusia y se halla ahora en el Ermitage de Leningrado.

Dos dinastías árabes habían desempeñado ya cierto papel en el transcurso del período bizantino. La primera, la de los gasánidas de Siria, de tendencias monofisitas, vasalla de los emperadores bizantinos en algún modo, hízose muy poderosa en el siglo VI, bajo Justiniano, al convertirse en auxiliar del Imperio bizantino en las empresas orientales de éste. Tal dinastía cesó probablemente de existir a principios del siglo VII, cuando los persas conquistaron Siria y Palestina. La segunda dinastía árabe, la de los lajmitas, tuvo por centro la ciudad de Hira, junto al Éufrates. Por sus relaciones de vasallaje con los persas sasánidas, era hostil a los gasánidas. Dejó de existir también a principios del siglo VII.

El cristianismo, bajo su forma nestoriana, tuvo en Hira un grupo de adeptos, siendo reconocido incluso por algunos miembros de la dinastía lajmita. Ambas dinastías hubieron de defender las fronteras de su reino: los gasánidas junto a Bizancio; los Lajmitas junto a Persia. Habiendo al parecer dejado de existir ambos estados vasallos en el siglo VII, cuando comenzó la expansión del Islam no había una sola organización política digna del nombre de Estado en los límites de la península arábiga y del reino de Siria. Por otra parte existía en el Yemen, como vimos ya, un reino de sabeoshimiarítas

(homeritas), fundado a fines del siglo II antes d.C.; pero hacia 570 el Yemen fue conquistado por los persas.

Antes de la época de Mahoma, los antiguos árabes estaban organizados en tribus. Lo único que engendraba entre ellos comunidad de intereses eran los lazos de sangre, y tal comunidad se manifestaba casi exclusivamente por la aplicación de principios coercitivos y caballerescos, como ayuda, protección o venganza sobre los enemigos cuando la tribu padecía algún insulto. La más ínfima circunstancia podía originar una lucha larga y sangrienta entre tribus. Se hallan alusiones a esos antiguos tiempos y costumbres en la vieja poesía árabe, así como en la tradición prosaica. La animosidad y la arrogancia presidían las recíprocas relaciones de las diferentes tribus de la Arabia preislámica.

Los conceptos religiosos de los árabes de entonces eran muy primitivos. Las tribus tenían dioses propios y objetos sagrados, como piedras, árboles, fuentes... Mediante ellos, trataban de presagiar el futuro. En ciertas regiones de Arabia predominaba el culto de los astros. Según Goldziher, los árabes antiguos, en su experiencia religiosa, apenas superaban el fetichismo. Creían en la existencia de fuerzas amigas y, con más frecuencia, enemigas, a las que llamaban *dinns* o demonios. Su concepto de un poder superior invisible, el de Alá, adolecía de gran imprecisión. Probablemente desconocían la plegaria como forma de culto y cuando se dirigían a la divinidad su invocación, era de ordinario una petición de ayuda con miras a una venganza motivada por alguna injusticia u ofensa padecida. Goldziher afirma que “los poemas preislámicos que nos han llegado no contienen alusión alguna a un impulso hacia lo divino, ni siquiera en las almas más sublimes, y no nos dan sino muy pobres indicaciones sobre su actitud ante las tradiciones religiosas de su pueblo”.

La vida nómada de los beduinos era naturalmente desfavorable al desenvolvimiento de lugares fijos consagrados a un culto religioso, aunque fuese en una forma primitiva. Pero al lado de los beduinos estaban los habitantes sedentarios de las ciudades y aldeas nacidas y desarrolladas junto a los caminos de tráfico, sobre todo a lo largo de las rutas caravaneras que iban de sur a norte, es decir, del Yemen a Palestina, Siria y la península del Sinaí. La más rica de las ciudades que bordeaban este camino era La Meca (Maceraba, en los antiguos escritos), famosa ya mucho antes de Mahoma. Seguía en importancia Yathrib, la futura Medina, harto más al norte. Aquellas ciudades constituían excelentes etapas para las caravanas mercantiles que iban de norte a sur y viceversa. Había muchos judíos entre los mercaderes de La Meca y Yathrib, así como entre los habitantes de otras zonas de la península, cual el Yemen y el Hedyaz septentrional. Desde las provincias romano-bizantinas de Palestina y Siria, al norte, y desde Abisinia, al sur, acudían a la península numerosos cristianos. La Meca se convirtió en el principal centro de contacto de la desigual población de la península. Desde época muy remota poseía la ciudad un santuario, la Kaaba (el Cubo) cuyo carácter original no era específicamente árabe. Consistía en una construcción de piedra, de 35 pies de altura, que encerraba el principal objeto de culto, la piedra negra. La tradición declaraba que aquella piedra era un don del cielo y asociaba la elevación del santuario al nombre de Abraham. Gracias a su ventajosa situación, La Meca era visitada por mercaderes de todas las tribus árabes. Ciertas leyendas afirman que, para atraer más visitantes a la población, se habían colocado en el interior de la Kaaba ídolos de diversas tribus, a fin de que los miembros de cada tribu pudiesen adorar su divinidad

favorita durante su estancia en La Meca. El número de peregrinos aumentaba constantemente, siendo en especial considerable durante el período sacro de la *Tregua de Dios*, práctica que garantizaba más o menos la inviolabilidad territorial de las tribus que enviaban representantes a La Meca. La época de las fiestas religiosas coincidía con la feria grande de La Meca, feria en que los mercaderes árabes y extranjeros efectuaban sus transacciones comerciales, las cuales dejaban a la ciudad enormes provechos. La ciudad enriquecióse muy de prisa. Hacia el siglo V d.C. empezó a dominar en La Meca la poderosa tribu de los Koraichitas. Los intereses materiales de los ávidos moradores de La Meca no se descuidaban y a menudo las colectas sagradas utilizábanse por ellos para satisfacción de sus intereses egoístas. Según Goldziher, “con la dominación de la nobleza, encargada de cumplir las ceremonias tradicionales, la ciudad tomó un carácter materialista, arrogante y plutocrático. No cabía encontrar allí profundas satisfacciones religiosas”.

Bajo la influencia del judaísmo y del cristianismo, que los árabes tuvieron múltiples ocasiones de conocer en La Meca, aparecieron, incluso antes de Mahoma, algunos individuos realmente inspirados por ideales religiosos muy diversos del árido ritual de las viejas costumbres idolátricas. Los conceptos de aquellos modestos apóstoles aislados se distinguían por su aspiración hacia el monoteísmo y su aceptación de una vida ascética. Pero todos se contentaron con su experiencia propia, sin influir ni convertir a quienes les rodeaban.

Quien unificó a los árabes y fundó una religión universal fue Mahoma, primero humilde predicador de la penitencia, profeta después y más tarde jefe de una comunidad política.

Mahoma nació hacia el 570. Pertenecía al clan hachemita, uno de los más pobres de la tribu koraichita. Sus padres murieron siendo él muy joven y hubo de ganarse la vida trabajando. Fue, pues, conductor de camellos en las caravanas mercantiles de la acaudalada viuda Jadidya. Al casarse con ésta mejoró mucho su situación material. Era hombre de temperamento nervioso y enfermizo.

Habiendo entrado en contacto con cristianos y judíos, sufrió mucho la influencia de unos y otros y empezó a meditar cada vez más sobre la organización religiosa de La Meca. Las dudas que surgían frecuentemente en su alma hacían nacer en él momentos de desesperación y sufrimiento infinitos. Padecía en ocasiones crisis nerviosas. Durante sus paseos solitarios por los arrabales de La Meca le atormentaban visiones y al fin concluyó por arraigar en él la convicción de que Dios le había designado para salvar a su pueblo, que seguía la senda del error.

Mahoma contaba cuarenta años cuando se resolvió a expresar sus miras francamente, si bien, con modestia, empezó por predicar la moral sólo en el seno de su propia familia. Luego predicó ante un grupo reducido de gente de clase inferior, y a poco hubo ya ciudadanos distinguidos que le escuchaban. Pero los jefes de los koraichitas se declararon contra él y le hicieron imposible la residencia en La Meca. Entonces, acompañado de sus secuaces, abandonó en secreto la ciudad (622) y se encaminó a Yalhib, al norte, cuyos moradores, comprendido el elemento judío, le habían rogado a menudo que fuese a vivir entre ellos, prometiéndole mejores condiciones de existencia.

El año de la marcha de Mahoma a Medina, o como se suele llamar incorrectamente, el año de su huida (*hichra* en árabe, reformado por los europeos en *hégira*) es el punto de partida de la era musulmana⁷³.

Los árabes y todos los demás pueblos mahometanos fijan el principio de su era en el año 622 y para establecer su cronología se sirven del año lunar, un tanto más corto que el solar. De ordinario los musulmanes consideran el viernes 16 de julio del 622 como el día inicial del primer año de la hégira, pero la práctica no data sino de dieciséis años después.

La población de Yathrib recibió con entusiasmo a Mahoma y a sus compañeros y más tarde cambió el nombre de Yathrib en *Medinat el Nabi*, o “Ciudad del Profeta”.

No debemos olvidar que la insuficiencia de fuentes primitivas referentes al mahometismo nos pone en la práctica en tal situación, que no poseemos informe auténtico alguno sobre la vida de Mahoma con anterioridad a la hégira. En esa época su enseñanza era tan imprecisa que rayaba en lo caótico y no es posible darle aún el nombre de religión nueva.

En Medina, Mahoma se convirtió en jefe de una gran comunidad y comenzó a asentar las bases de un Estado político sobre fundamentos religiosos. Después de desarrollar los principios esenciales de su religión, creado ciertas ceremonias religiosas y reforzado su situación política, levantó un ejército y en 630 tomó La Meca. Ya en la ciudad hizo desaparecer todos los ídolos y todas las supervivencias del politeísmo. La base de la nueva religión era el culto de un Dios único: Alá. Mahoma concedió a todos sus enemigos una especie de amnistía, gracias a lo cual la ocupación de La Meca no acarrió muertes ni saqueos. Desde entonces Mahoma y sus seguidores pudieron peregrinar libremente a La Meca y practicar sus nuevos ritos. Murió Mahoma el 632.

Aquel hombre no era un lógico y por tanto resulta difícil presentar su doctrina religiosa de manera sistemática. Tal doctrina no constituía una creación original, sino que se había desenvuelto bajo el influjo de otras religiones: cristianismo, judaísmo y en parte el parsismo o zoroastrismo, religión del reino persa de los sasánidas en aquella época. Modernos historiadores llegan a la conclusión de que “la comunidad mahometana primitiva, contrariamente a la opinión extendida antes, estaba más profundamente adherida a los ideales cristianos que al judaísmo”. Fuese como fuera, Mahoma había conocido otras religiones en su juventud, durante sus viajes con las caravanas y más tarde a La Meca y a Yathrib (Medina). El rasgo más típico de su doctrina es el dogma de la completa dependencia del ser humano respecto a Dios y la ciega resignación a la voluntad divina. La fe es estrictamente monoteísta y se considera a Dios como poseedor de un poder ilimitado sobre sus criaturas. La religión mahometana toma el nombre de Islam, que significa *resignación o sumisión a Dios*⁷⁴ y los sectarios del Islam fueron llamados musulmanes o mahometanos.

El dogma fundamental de la religión islámica es la unidad de Dios, o Alá. La proposición: “Sólo hay un Dios y Mahoma es su profeta” constituye uno de los

⁷³ No parece correcto traducir *hichra* por “huida”, porque el sentido “huir” no se halla en la raíz árabe *háchara*, que significa “romper relaciones, abandonar la tribu, emigrar”.

⁷⁴ Así suele decirse. No hay que olvidar, no obstante, que *salm*, *salama* vale por “reposo”, “paz”, “protección”, sin aparejar necesariamente la idea de Dios. *Moslim*, *mashmum*, no son más que derivados de esa idea.

principios esenciales del Islam. Moisés y Jesús son reconocidos como profetas. El Cristo es el profeta penúltimo; pero la nueva religión proclama que ninguno es tan grande como Mahoma. Durante su residencia en Medina, Mahoma declaró que su doctrina religiosa era la restauración en su plena pureza de la religión de Abraham, corrompida por los judíos y los cristianos. Uno de los primeros problemas que se le presentó a Mahoma fue hacer salir a los árabes de su estado de barbarie (*dyahiliyya*, en árabe), e inculcarles principios morales más elevados. Oponiéndose a las crueles costumbres difundidas en el país predicó, en lugar de la venganza, la paz, el amor, el dominio de sí mismo. Puso fin de la costumbre, existente en ciertas tribus, de enterrar vivas a las recién nacidas. Se esforzó asimismo en regularizar las relaciones matrimoniales, limitando la poligamia en cierta medida al reducir el número de mujeres legítimas. No se podían tener más que cuatro, y en este punto Mahoma no permitió a nadie, salvo a sí mismo, tomarse libertades con el dogma. Las viejas concepciones de clan se substituyeron en la nueva religión por la idea de los derechos personales, incluido el derecho de heredar. Mahoma introdujo igualmente ciertas prácticas relativas a la plegaria y el ayuno: durante la oración debía volverse la vista en dirección a la Kaaba, y en el noveno mes, el de Ramadán, se fijó un largo período de ayuno. El descanso semanal se estableció en el viernes. La nueva religión prohibía el uso del vino, de la sangre, del cerdo, de la carne de los animales muertos de muerte natural o que hubiesen servido para sacrificios a los ídolos paganos. También se prohibía el juego. Se establecía la creencia en los ángeles y en el diablo. Los conceptos del Cielo y del Infierno, de la Resurrección y del Juicio Final, eran de naturaleza netamente materialista. Los elementos esenciales de esas concepciones se hallan en la literatura apócrifa judeocristiana. La gracia de Dios, el arrepentimiento de los pecadores, la recompensa de las buenas acciones formaban parte de la doctrina de Mahoma.

Las prescripciones religiosas y reglas del Islam, tal como existen hoy, se han desarrollado sin duda, poco a poco, después de la muerte de Mahoma. Así por ejemplo, en la época de los omeyas la oración a horas fijas no estaba instituida de manera rigurosa. Las prácticas pueden reducirse a las cinco siguientes: 1) reconocer a un solo Dios, Alá, y a su profeta Mahoma; 2) hacer, a las horas fijadas, determinadas plegarias siguiendo estrictamente el ritual prescrito; 3) contribuir con cierta suma de dinero a los gastos militares y a los de caridad de la comunidad mahometana; 4) ayunar durante el mes de Ramadán; 5) efectuar una peregrinación a la Kaaba de La Meca (peregrinación que se denomina *hadch*).

Los principios fundamentales y el conjunto de las reglas de la religión musulmana se consignan en un libro sagrado, el libro de las revelaciones de Mahoma, o Corán, subdividido en 114 capítulos (*Sura*, en árabe).

Los relatos sobre la predicación y los actos de Mahoma, reunidos más tarde en libros diversos, llevan el nombre de *Sunna*.

La historia de los principios del Islam en el período de Mahoma es oscura y de las que más se prestan a la controversia, dado el estado actual de las fuentes que hablan de ese período. Sin embargo, tal cuestión es de extrema importancia para la historia del Imperio bizantino en el siglo VII, porque su solución puede influir mucho en la explicación que se atribuya a los rápidos y asombrosos éxitos militares de los árabes

cuando éstos tomaron a los bizantinos sus provincias orientales y meridionales: Siria, Palestina, Egipto y el África del Norte.

Para dar una idea de las contradicciones que existen en la ciencia respecto al Islam, citaremos las opiniones de tres sabios especialistas en la materia. Goldziher escribe: “No puede haber duda: Mahoma pensó en propagar su religión allende las fronteras de Arabia y en transformar su doctrina, primero predicada a sus cercanos parientes, en una fuerza de dominación universal”. Otro sabio, Grimme, declara que, apoyándose sobre el Corán, se llega a la conclusión de que el fin principal del islamismo era (la posesión completa de Arabia”. Y un tercer sabio contemporáneo, Caetani, afirma que el profeta no soñó nunca en convertir toda Arabia ni a todos los árabes.

En vida de Mahoma, no toda Arabia se sometió a su dominio. En general puede decirse que Arabia no ha reconocido nunca un señor único. En realidad Mahoma rigió un territorio acaso inferior al tercio de la península. Las provincias que dominó quedaron muy influidas por los conceptos islámicos, pero el resto de Arabia continuó teniendo una organización política y religiosa muy poco diversa a la que había conocido antes de Mahoma. Como sabemos, el sudoeste de la península era cristiano. Las tribus árabes de la Arabia nordeste habían adoptado también el cristianismo, que no tardó en ser la religión dominante en Mesopotamia y en las provincias árabes ribereñas del Éufrates. Entre tanto la religión oficial persa declinaba de modo acelerada, declinante. De forma que cuando Mahoma murió no era el soberano político de toda Arabia ni su jefe religioso.

Es interesante notar que al principio el Imperio bizantino consideró al Islam como una especie de arrianismo, colocándolo en el mismo pie que a las demás sectas cristianas. La literatura apologética y polémica de Bizancio discutió con el Islam lo mismo que había hecho con los monofisitas, monotelitas y sectarios de otras herejías. Juan Damasceno, miembro de una familia sarracena, que vivió en la corte musulmana en el siglo VIII, no veía en el Islam una nueva religión, sino que la consideraba una especie de cisma, de carácter análogo a las otras herejías precedentes. Los historiadores bizantinos testimonian muy poco interés por la revelación de Mahoma y el movimiento político que inició. El primer cronista que da algunos datos sobre la vida de Mahoma, “soberano de los sarracenos y seudoprofeta”, es Teófanos, que escribió en la primera mitad del siglo IX⁷⁵.

Incluso para la Europa occidental del medievo, el Islam no fue una religión distinta, sino una secta cristiana, emparentada, por sus dogmas, con el arrianismo. En el último período de la Edad Media, Dante, en su *Divina Comedia*, considera a Mahoma como un hereje y le llama “sembrador de escándalo y de cisma” (*Inferno*, XXVIII, 31-36).

Causas de las conquistas árabes en el siglo VII.

Se menciona habitualmente el entusiasmo religioso de los musulmanes, que alcanzaba con frecuencia el grado supremo del fanatismo y la intolerancia, y se ve en él una de las causas determinativas de los pasmosos éxitos militares logrados por los árabes en su lucha contra Persia y contra el Imperio bizantino en el siglo VII. Se pretende que los árabes se precipitaron sobre las provincias asiáticas y africanas con la

⁷⁵ Teófanos, *Chronographia*.

determinación de cumplir la voluntad de su profeta, que les había prescrito la conversión de todo el mundo a la nueva fe. En resumen, suelen explicarse en general las victorias árabes por el entusiasmo religioso que preparaba a los musulmanes fanáticos a mirar la muerte con desprecio, haciéndoles así invencibles en la ofensiva.

Este concepto debe ser considerado desprovisto de fundamento. A la muerte de Mahoma no había más que un pequeño número de musulmanes convencidos, y por ende ese pequeño número permaneció en Medina hasta que las primeras grandes conquistas estuvieron consumadas. Muy pocos adeptos de Mahoma combatieron en Siria y Persia. La aplastante mayoría de combatientes árabes la formaban beduinos, que solo conocían de *oídas* el Islam. No se cuidaban de nada sino de los beneficios materiales y terrenos, y no pedían otra cosa que botín y un desenfreno sin límites. El entusiasmo religioso no existía entre ellos para nada. Por otra parte, el Islam, en sus principios, era tolerante por esencia. El Corán dice: “No se haga violencia en materia religiosa; la verdad se distingue bien del error” (II, 257). Harto conocida es la indulgencia del Islam, en sus orígenes, con judíos y cristianos. El Corán habla también de la tolerancia de Dios respecto a las obras religiosas: “Si Dios hubiese querido, no habría hecho sino un solo pueblo de todos los hombres” (XI, 120). El fanatismo religioso y la intolerancia de los musulmanes son fenómenos posteriores, extraños al pueblo árabe y explicables por la influencia de los prosélitos mahometanos. Así, la teoría de que el entusiasmo religioso y el fanatismo fueron causas de las victoriosas conquistas de los árabes en el siglo VII debe ser rechazada.

Ciertos estudios recientes, como el de Caetani, se esfuerzan en demostrar que las causas verdaderas del irresistible avance de los árabes fueron de orden más práctico, más material. Arabia, reducida a sus recursos naturales, no podía satisfacer ya las necesidades físicas de su población y entonces, bajo la amenaza de la miseria y el hambre, los árabes se vieron en la precisión de hacer un esfuerzo desesperado para librarse “de la ardiente prisión del desierto”. Serían, pues, las insoportables condiciones de su vida las que habrían motivado aquel incontenible impulso que lanzó a los árabes hacia el Imperio bizantino y Persia, y no se debe, en tal caso, buscar el menor elemento religioso en su movimiento.

Pero, aun admitiendo hasta cierto punto la exactitud de esa tesis, no pueden explicarse completamente los éxitos militares de los árabes por sus necesidades materiales. Se ha de reconocer que entre las causas de sus victorias figura también el estado interno de las provincias orientales y meridionales de Bizancio —Siria, Palestina y Egipto—, tan fácilmente ocupadas por los árabes. Varias veces hemos indicado el creciente descontento de aquellas provincias, irritadas por razones de orden religioso. Siendo monofisitas y, parcialmente, nestorianas en sus convicciones, habían entrado en pugna con el gobierno central, rebelde a toda conciliación de tipo capaz de satisfacer las exigencias religiosas de aquellos países. Ello se agudizó después de la muerte de Justiniano la política inflexible de los emperadores hizo que Siria, Palestina y Egipto se sintieran dispuestas a desgajarse del Imperio, y prefirieron someterse a los árabes, conocidos por su tolerancia religiosa y de quienes se esperaba que se limitasen a percibir impuestos regulares en las provincias conquistadas. Los árabes, en efecto, como ya hemos dicho, se cuidaban poco de las convicciones religiosas de los pueblos sometidos.

La parte ortodoxa de la población de las provincias orientales estaba también descontenta del gobierno central a causa de ciertas concesiones y ciertos compromisos otorgados a los monofisitas, sobre todo en el siglo VII. Hablando de la política monotelita de Heraclio, Eutiquio, historiador árabe cristiano del siglo X, escribe que los ciudadanos de Hemesa (Homs), declararon al emperador: “Sois un maronita (monotelita) y un enemigo de nuestra fe”⁷⁶. Otro historiador árabe, Beladsori (siglo IX), afirma que los mismos ciudadanos se volvieron a los árabes, diciéndoles: “Vuestro gobierno y justicia nos son más agradables que la tiranía e insultos que hemos sufrido”⁷⁷.⁽²⁾ Ciertamente que el testimonio emana de un escritor musulmán, pero refleja el verdadero estado de ánimo de la población ortodoxa durante el período en que Constantinopla siguió una política de compromiso religioso. Conviene también recordar que la mayor parte de la población de las provincias bizantinas de Palestina y Siria era de origen semítico, que muchos de sus habitantes eran de extracción árabe y que los conquistadores árabes encontraron en las provincias sometidas hombres de su raza y que hablaban su propia lengua. Con expresión de un historiador, no se trataba de conquistar un país extranjero, cuyo único provecho directo serían los impuestos, sino también de reivindicar una parte del propio patrimonio, que declinaba, por así decirlo, bajo el cetro extranjero”⁷⁸.

Además del general descontento religioso y del parentesco de la población con los árabes —dos hechos muy favorables a los invasores— conviene igualmente recordar que Bizancio y su ejército estaban muy debilitados tras las largas campañas contra los persas, pese al éxito final, y no podían oponer resistencia seria a las tropas frescas de los árabes.

En Egipto, causas particulares explican la fácil conquista árabe. La primera debe buscarse en el estado general de las tropas bizantinas acantonadas en el país. Numéricamente acaso fuesen bastante fuertes, pero la organización general del ejército perjudicaba mucho el éxito de las operaciones. Porque el ejército egipcio, en efecto, se dividía en varios grupos, mandados por cinco jefes diferentes, los duques (*duces*), investidos de poderes iguales. Entre esos generales no había unidad alguna de acción. La falta de coordinación a los fines de una tarea común paralizó la resistencia. La indiferencia de los gobernadores hacia los problemas que se planteaban en la provincia, sus rivalidades personales, su falta de solidaridad y su incapacidad militar tuvieron consecuencias nefastas. Los soldados valían tanto como sus jefes. El ejército egipcio era numeroso, pero la mediocridad de los mandos y de su instrucción hacían que no se pudiese contar con él. Los soldados se sentían inclinados a la defección de modo irresistible. El sabio francés Maspero, escribe: “Sin duda hay causas múltiples que explican los fulminantes éxitos de los árabes: el agotamiento del Imperio después de la victoriosa campaña de Persia, las discordias religiosas, el odio recíproco de los coptos jacobitas y de los griegos calcedonios. Pero el motivo principal de la derrota bizantina en el valle del Nilo fue la mala calidad del ejército al que estuvo confiada la misión de defenderlos”⁷⁹. Gelzer, por el estudio de los papiros, llega a las siguientes conclusiones:

⁷⁶ Eutiquio, *patriarca alejandrino: Annales*, ed. L. Cheikho (Beirut y París, 1912).

⁷⁷ Beladsori, *Liber expugnationum rcgionum*, ed. De Goeje (Leyden, 1866).

⁷⁸ De Goeje, *Memoria sobre la conquista de Siria* (Leyden, 1900); V. C. Becker, *The expansion of the Saracens. The East* (1913).

⁷⁹ J. Maspero, *Organisation militaire de l'Egypte byzantine* (París, 1912).

estima que la clase de grandes terratenientes priverligiados nacida en Egipto con anterioridad al período de las grandes conquistas árabes se había tornado, de hecho, independiente del gobierno central, el cual no había creado administración local verdadera, cosa que fue una de las causas principales de la caída de la dominación bizantina en Egipto. Otro sabio, el francés Amélineau, apoyándose también en el estudio de los papiros, llega a la conclusión de que, además de lo mediocre de la organización militar, los defectos de la administración civil de Egipto figuraron entre los más importantes factores que facilitaron la conquista árabe⁸⁰.

El papirologo inglés H. J. Bell, escribe que la conquista de Egipto por los árabes no fue “ni un milagro ni un ejemplo de la venganza divina sobre la cristiandad extraviada, sino sólo el debilitamiento inevitable de un edificio podrido hasta el meollo”⁸¹.

Así, entre las razones del éxito árabe debemos colocar en primer lugar la situación religiosa de Siria, Palestina y Egipto; los lazos de parentesco que existía entre los habitantes de esos dos primeros países y los árabes; y, lo que no deja de tener importancia, en Egipto, la incapacidad de las tropas, la ineficacia de la organización militar, la mediocridad de la administración civil y el estado de las relaciones sociales.

En cuanto a las cifras de las fuerzas enfrentadas, téngase en cuenta que la tradición histórica, tanto bizantina como árabe, las ha exagerado mucho. En realidad los ejércitos de ambos adversarios no eran muy considerables. Ciertos eruditos evalúan los soldados árabes que participaron en las campañas de Siria y Palestina en. 27.000, y aun temen aumentar el número real. El ejército bizantino era probablemente menos numeroso todavía. No olvidemos, en todo caso, que las operaciones militares fueron sostenidas, no sólo por los árabes de la península, sino por los del desierto sirio, cercano a las fronteras persa y bizantina.

Al estudiar con profundidad los principios del Islam, se advierte que el elemento religioso pasa a segundo termino en todos los sucesos políticos de este período. Según el historiador Caetani: “el Islam se transformó en fuerza política porque sólo así podía triunfar de sus enemigos. Si el Islam hubiera persistido siendo siempre una mera doctrina moral y religiosa, su existencia habría terminado pronto en aquella Arabia escéptica y materialista, y sobre todo en la atmósfera hostil de La Meca”. Según la opinión de Goldziher, “los campeones del Islam no se propusieron tanto la conversión de los infieles como su sujeción”.

Conquistas árabes hasta principios del siglo VIII. Justiniano II y los árabes.

A la muerte de Mahoma (632) su pariente Abu-Bakr fue elegido jefe de los musulmanes con el título de *califa*, es decir, “vicario”. Los tres califas siguientes, Omar, Otman y Alí, fueron elevados también por elección, y en consecuencia no formaron una dinastía. Existe muy arraigada la costumbre de designar a los cuatro sucesores inmediatos de Mahoma con el nombre de *califas ortodoxos*.

⁸⁰ E. Amélineau, *La conquête de l’Égypte par les Arabes*. Revue Historique, t. CXIX (1915);. V. G. Rouillard, *L’Administration civile de l’Égypte byzantine* (2. ed. París, 1928).

⁸¹ Bell, *The byzantine servile State in Egypt* (Journal of Egyptian Archaeology. t. IV, 1917).

Las conquistas más importantes hechas por los árabes en territorio bizantino se desarrollaron bajo el califa Omar.

Los relatos según los cuales Mahoma escribió mensajes a los soberanos de otros países, incluso Heraclio, proponiéndoles convertirse al islamismo, con la *adehala* de que Heraclio contestó favorablemente, deben considerarse invenciones sin fundamento histórico. No obstante, hay eruditos que hoy dan valor histórico a esa correspondencia⁸².

En vida de Mahoma, sólo aislados destacamentos de beduinos cruzaron la frontera bizantina. Pero bajo el segundo califa, Omar, los acontecimientos se precipitaron a una velocidad extraordinaria. La cronología de las operaciones militares de la tercera y cuarta décadas del siglo VII es muy oscura y confusa. Según toda probabilidad, los hechos transcurrieron por este orden: en 634 los árabes se apoderaron de la fortaleza bizantina de Bothra (Bosra), allende el Jordán; en 635 cayó Damasco; en 636 la batalla de Yarmuk abrió toda la provincia siria a la conquista árabe y en 637 ó 638 Jerusalén se rindió tras un cerco de dos años. En esta última operación se distinguió entre los árabes el califa Omar y entre los sitiados el patriarca de Jerusalén, Sofronio, famoso defensor de la ortodoxia. El texto de la capitulación por la que Sofronio entregaba Jerusalén a Omar, con ciertas garantías sociales y religiosas para los pobladores cristianos de la ciudad, no quedó en vigor, por desgracia, sino con ulteriores modificaciones. Antes de que los árabes entrasen en Jerusalén, los cristianos habían logrado sacar de la ciudad la Santa Cruz, transportándola a Constantinopla.

Con la conquista de Mesopotamia y Persia, ejecutada a la vez que esta ocupación de territorios bizantinos, terminó el primer período de las conquistas árabes en Asia. A fines de la tercera década del siglo, el general árabe Amr compareció en la frontera oriental de Egipto, iniciando la conquista de este país. Después de la muerte de Heraclio, en 641 ó 642, los árabes ocuparon Alejandría, y hacia el fin de la década 640-50 el Imperio bizantino se vio obligado a renunciar a Egipto para siempre. La conquista de Egipto fue seguida de un avance árabe hacia las costas occidentales de África del Norte. Sobre el 650, Siria, parte del Asia Menor, la Mesopotamia Superior, Palestina, Egipto y una zona de las provincias bizantinas del África septentrional estaban bajo el dominio árabe.

Sus conquistas habían llevado a los árabes hasta las orillas del Mediterráneo, donde se les plantearon nuevos problemas, de orden marítimo. No poseían escuadra y se hallaban impotentes ante los numerosos bajeles bizantinos, para los que eran fácilmente accesibles las provincias árabes del litoral. Los árabes comprendieron en seguida el peligro de la situación. El gobernador de Siria, y futuro califa, Moawiah se dio a construir con actividad numerosas naves, cuyas tripulaciones se reclutaron al principio entre la población indígena grecosiria, hecha a navegar. Recientes estudios de papiros han probado que, a fines del siglo VII, la construcción de buenas embarcaciones y el reclutamiento de marinos, experimentados fueron uno de los problemas esenciales que hubo de resolver la administración egipcia.

A mediados del siglo VII, bajo Constante II, las naves árabes de Moawiah, empezaron a invadir las aguas bizantinas y los musulmanes tomaron el importante

⁸² Huart considera la embajada de Mahoma al "Cesar de Bizancio" como dudosa (*Histoire des Arabes*. París, 1912). Maspero califica la carta de Mahoma de "leyenda árabe que acaso contenga un fondo histórico". (*Histoire des patriarches d'Alexandrie*. París, 1923).

centro marítimo de la isla de Chipre. No lejos de la costa de Asia Menor deshicieron la flota bizantina, mandada por el emperador en persona, se apoderaron de la isla de Rodas, donde destruyeron el célebre Coloso, y llegaron hasta Creta y Sicilia, amenazando el Egeo y Constantinopla.

Los cautivos capturados en estas expediciones, sobre todo los de Sicilia, fueron conducidos a Damasco.

Las conquistas árabes del siglo VII privaron al Imperio bizantino de sus provincias orientales y meridionales, haciéndole perder su posición eminente de Estado más poderoso del mundo. Territorialmente disminuido, Bizancio se convirtió en un Estado con predominio de pobladores griegos, aunque no un predominio tan grande como creen ciertos sabios. Los territorios donde los griegos formaban mayoría absoluta eran el Asia Menor, las islas vecinas del mar Egeo, Constantinopla y la provincia adyacente a la capital. Por entonces, toda la península balcánica, Peloponeso incluso, se había modificado mucho en su composición etnográfica, a causa de la aparición de grandes colonias eslavas. En Occidente, el Imperio bizantino poseía aun partes aisladas de Italia, esto es, las no pertenecientes al reino lombardo y que eran la zona meridional de la península, con Sicilia y otras islas del Mediterráneo, Roma y el exarcado de Ravena. La población griega, especialmente numerosa en la porción meridional de la Italia bizantina, creció muy de prisa en el siglo VII al refugiarse en Italia numerosos habitantes de Egipto y África del Norte que no quisieron someterse a los árabes. Puede decirse que el Imperio romano se transformó entonces en un Imperio bizantino, Imperio cuyos problemas vitales se hicieron más angostos y perdieron su anterior vastedad. Ciertos historiadores —como Gelzer— piensan que las graves pérdidas territoriales de Bizancio fueron convenientes para esta nación en el sentido de que eliminaron los elementos extranjeros, mientras “la población del Asia Menor y de las partes de la península balcánica que reconocían aún la autoridad del emperador, formaba, por su lengua y religión, un todo perfectamente homogéneo y una masa perfectamente leal”. Desde mediados del siglo VII Bizancio hubo de ocuparse sobre todo de la capital, del Asia Menor y de la península balcánica. Por lo demás, aquellos reducidos territorios estaban expuestos a la amenaza de los lombardos, los eslavos, los búlgaros y los árabes. Según L. Bréhier, ese período marca para Constantinopla el principio de su papel histórico de defensa perpetua que dura hasta el siglo XV, con alternativas de retroceso y expansión.

Los progresos de la conquista árabe en África del Norte fueron detenidos durante algún tiempo por la enérgica resistencia de los bereberes. También interrumpió la actividad militar de los árabes el conflicto interno que estalló entre el último *califa ortodoxo*, Alí, y el gobernador de Siria, Moawiah. La sangrienta lucha concluyó el 661 con el asesinato de Alí y el triunfo de su adversario, quién subió al trono, inaugurando la dinastía de los omeyas. El nuevo califa hizo de Damasco la capital de su reino.

Una vez afirmado su poder en el interior, Moawiah reanudó la ofensiva contra el Imperio bizantino, enviando su flota a Constantinopla y prosiguiendo su marcha hacia el oeste en territorio africano.

El Imperio conoció su período más crítico bajo el reinado del enérgico Constantino IV (668-685). Entonces la flota árabe atravesó el Egeo y el Helesponto, penetró en la Propóntide y se estableció en el puerto de Cizico. Utilizando este lugar como base de

operaciones, los árabes asediaron varias veces, y siempre sin éxito, Constantinopla. Todos los años recomenzaban el cerco, de ordinario en el estío. La causa esencial de que los árabes no tomaran la ciudad fue que el emperador había sabido situarla en estado de oponer la necesaria resistencia.

Entre los principales factores del éxito de la defensa bizantina figuró el empleo del *fuego griego*, llamado también “fuego líquido” o “marino”, y cuya invención se debió al arquitecto Calínico, un griego de Siria, emigrado. A veces suele tenerse una idea falsa de ese invento, dado el término que lo designa por lo general. El “fuego griego” era una especie de composición explosiva que se proyectaba mediante tubos especiales o sifones y que se inflamaba al tropezar con las naves enemigas. La flota bizantina comprendía buques especiales denominados *sifonóforos*, los cuales causaban terrible pánico entre los árabes. Había otros procedimientos para lanzar aquel fuego artificial sobre el enemigo. La característica de tal fuego era que ardía incluso sobre el agua. Durante considerable tiempo el gobierno guardó celosamente el secreto de la composición de tal arma nueva, que contribuyó muchas veces al éxito de las flotas bizantinas⁸³.

Todos los intentos árabes para tomar Constantinopla fracasaron. En 677 la flota enemiga se volvió hacia Siria y durante el viaje, al largo de la costa meridional del Asia Menor, fue destruida por una violenta tempestad. En tierra tampoco tuvieron éxito las operaciones de los árabes. Dadas tales circunstancias, el viejo Moawiah negoció un tratado de paz con Bizancio, comprometiéndose a pagar un cierto tributo anual.

Al rechazar de Constantinopla a los árabes y firmar con ellos una paz favorable y ventajosa para Bizancio, Constantinopla prestó un gran servicio, no sólo a su propio país, sino a toda la Europa occidental, que quedó protegida así contra el grave peligro mahometano. El éxito de Constantino produjo viva impresión en Occidente. Según un cronista, cuando la noticia de la victoria de Constantino llegó al kan de los avaros y a otros soberanos occidentales, éstos “enviaron embajadores con regalos al emperador y le pidieron que estableciere con ellos relaciones de paz y amistad... y hubo una gran época de paz en Oriente y en Occidente”⁸⁴.

Durante el primer reinado de Justiniano II (685-695), sucesor de Constantino IV, se produjo en la frontera árabe un suceso que iba a tener considerable importancia en el ulterior desarrollo de las relaciones arábigo-bizantinas. Las montañas sirias del Líbano estaban habitadas desde hacía mucho por grupos de *mardaítas*, es decir, de “rebeldes”, de “apóstatas”, de “bandidos”. Estas agrupaciones se hallaban organizadas militarmente y servían, por decirlo así, de bastión a las autoridades bizantinas de la provincia. Luego que los árabes conquistaron Siria, los mardaítas se batieron en retirada hacia el norte y permanecieron en la frontera arábigo-bizantina, causando a los árabes muchas inquietudes y enojos con sus frecuentes incursiones en los distritos vecinos. Según un cronista, los mardaítas formaban un *muro de bronce*⁸⁵, que protegía al Asia Menor de

⁸³ La fórmula del fuego griego se conserva en un tratado atribuido a un tal Marcus Graccus, tratado escrito sin duda en griego, en el siglo IX a lo más, y publicado en una versión latina bajo el título de *Liber ignium a Merco Graeco descriptus*. La mejor edición es de Berthelot (París, 1893). Hay una traducción francesa y una disertación sobre el tratado. Se da una edición más reciente en el libro del teniente coronel H. W. L. Hime *The origin of artillery* (Londres, 1915).

⁸⁴ Teófanos, *Chronographia*.

⁸⁵ Teófanos, *Chronographia*.

las invasiones árabes. Pero, por el tratado de paz negociado por Justiniano II ,el emperador se obligaba a establecer a los mardaítas en las provincias interiores del Imperio, a cambio de cuyo favor se comprometía el califa a pagar cierto tributo. Tal concesión del emperador destruyó el “muro de bronce”. A continuación se halla a los mardaítas como marinos de Panfilia (sur del Asia Menor), Peloponeso, Cefalonia y otros lugares. Su marcha de la frontera reforzó a todas luces la situación de los árabes en las provincias recién conquistadas y facilitó sus ulteriores movimientos ofensivos hacia el interior del Asia Menor. A mi juicio no tenemos pruebas suficientes para ver este hecho como el profesor Kulakovski, que lo explica por “consideración del emperador hacia los cristianos sometidos a hombres de otra religión”. La emigración de los mardaítas se explica por motivos puramente políticos. A la vez que en Oriente se esforzaban en tomar Constantinopla, los ejércitos árabes reanudaban, en Occidente, la conquista de África del Norte. A fines del siglo VII los árabes ocuparon Cartago, capital del exarcado de África y a primeros del VIII tomaron Septena (hoy la fortaleza española de Ceuta), no lejos de las Columnas de Hércules. Hacia la misma época, los árabes, mandados por Tarik, pasaron de África a España, conquistando a los visigodos la mayor parte de la península. Del nombre de Tarik procede el moderno nombre de Gibraltar, o *Montaña de Tarik*. De tal guisa, a principios del siglo VIII la amenaza musulmana reapareció en Europa desde una nueva dirección, es decir, desde la península ibérica.

Las relaciones que se establecieron entre los árabes y las poblaciones de Siria, Palestina y Egipto difirieron mucho de las que se vio surgir en África del Norte, esto es, en los territorios actuales de Tripolitania, Túnez, Argelia y Marruecos. En Siria, Palestina y Egipto, los árabes, lejos de encontrar resistencia seria, hallaron más bien simpatía y ayuda en la población. Dada esta actitud, los árabes trataron a sus nuevos súbditos con gran tolerancia. Salvo raras excepciones, dejaron sus templos a los cristianos, les permitieron celebrar sus oficios religiosos y no exigieron, en cambio, sino el pago de un impuesto regular y la fidelidad política de los cristianos a los soberanos árabes. Jerusalén, uno de los lugares más venerados de la cristiandad, quedó abierto a los peregrinos que acudían a Palestina desde los más remotos puntos de la Europa Occidental para adorar los Santos Lugares. La ciudad conservó sus hospederías y hospitales para los peregrinos. En Siria, Palestina y Egipto los árabes entraron en contacto con la civilización bizantina, cuyo influjo no tardó en manifestarse sobre ellos. En resumen, conquistadores y conquistados vivieron en Siria y Palestina en relaciones pacíficas que duraron considerable tiempo. En Egipto la situación era algo menos satisfactoria, pero incluso en este país los cristianos gozaban de gran tolerancia, al menos al principio de la dominación árabe.

A raíz de la conquista musulmana, los patriarcados de las provincias ocupadas cayeron en manos de los monofisitas. No obstante, los gobernadores árabes concedieron ciertos privilegios a la población ortodoxa de Siria, Palestina Egipto, y al cabo de cierto tiempo fueron restablecidos los patriarcados ortodoxos de Alejandría y Antioquía, los cuales subsisten aun hoy. Un historiador y geógrafo árabe del siglo X, Masudi, declara que bajo el dominio árabe las cuatro montañas sagradas—“el Sinaí, el Horeb, el Monte de los Olivos, junto a Jerusalén el Monte del Jordán”, es decir, el Monte Tabor—quedaron todas en manos de los ortodoxos. Sólo poco a poco los monofisitas y otros herejes, así como musulmanes, arrebataron a los ortodoxos el culto de Jerusalén y los Santos Lugares. Más tarde Jerusalén fue elevada a ciudad santa musulmana, como la

Meca y Medina. Para los mahometanos, el carácter sagrado de la ciudad fundaba en que Moawiah había asumido allí la calidad de califa.

La situación en África del Norte era muy diferente. La gran mayoría las tribus bereberes, aunque hubiese adoptado oficialmente el cristianismo, permanecía en su barbarie de antaño y opuso una fuerte resistencia a los ejércitos árabes, que respondieron a tal oposición con tremendas devastaciones de territorios bereberes. Millares de cautivos fueron llevados a Oriente y vendidos como esclavos. “Aun hoy — escribe Diehl—, en las ciudades muertas de Tún que permanecen en su mayor parte tal como la invasión árabe las dejó, se encuentran a cada paso las huellas de aquellos terribles estragos”⁸⁶. Cuando por fin lograron los árabes conquistar las provincias del norte de África, muchos lugareños emigraron a Italia y a Galia. La Iglesia africana — antes tan famosa en los anales del cristianismo— sufrió enormemente. Al respecto de estos sucesos dice Diehl: “Durante cerca de dos siglos había (el Imperio bizantino), al amparo de sus fortalezas, asegurado al país una grande e indiscutible prosperidad; durante cerca de dos siglos había, en parte de África del Norte, manteniendo las tradiciones de la civilización antigua e iniciado, con su propaganda religiosa, a los bereberes en una cultura más elevada. En cincuenta años la conquista árabe arruinó todos estos resultados”.

A pesar de la rápida propagación del Islam entre los bereberes, el cristianismo siguió existiendo entre ellos. En el siglo XIV vemos mencionar algunos *islotos cristianos* en África del Norte⁸⁷.

Progresos de los eslavos en el Asia Menor. Principios del reino búlgaro.

Ya vimos que, desde mediados del siglo VI, los eslavos, no contentos con atacar y devastar continuamente las posesiones balcánicas del Imperio bizantino, habían avanzado hasta el Helesponto, llegando a Tesalónica, a la Grecia del sur y a las orillas del Adriático, donde se establecieron en gran número. También hablamos de la ofensiva dirigida contra la capital en el 626, por avaros y eslavos, bajo el reinado de Heraclio. En la época de la dinastía heracliana los eslavos continuaron progresando en la península y empezaron a poblarla muy densamente. Tesalónica quedó pronto rodeada de tribus eslavas y sus moradores sólo con dificultad pudieron protegerse de los ataques eslavos, a pesar de las fuertes murallas de la ciudad.

Tripulando sus navíos, los eslavos descendían al mar Egeo, atacaban las naves bizantinas y dificultaban no poco el abastecimiento de la capital. El emperador Constante II se vio obligado a emprender una campaña *contra la Eslavonia*, con frase de Teófanos. A partir de este momento comenzamos a ver mencionadas grandes emigraciones de eslavos hacia el Asia Menor y Siria. Bajo Justiniano II, una horda de eslavos no menor de ochenta mil hombres⁸⁸, fue transportada al tema de Opsikion, en el Asia Menor. Unos treinta mil de ellos fueron movilizados por el emperador para la guerra contra los árabes, durante la cual desertaron pasándose al enemigo. Esta ofensa

⁸⁶ Diehl, *L'Afrique byzantine* (París, 1896).

⁸⁷ R. Basset declara que los últimos cristianos desaparecieron de Berbería en el siglo XII.

⁸⁸ Así calcula V. I. Lamanski en *Los eslavos en el Asia Menor, en África y en España* (San Petersburgo, 1859).

fue vengada con una matanza espantosa del resto de los eslavos en Opsikion. Poseemos un sello de la colonia militar eslava de Bitinia (provincia del tema de Opsikion), que data de ese período. Es un documento de gran importancia, “un nuevo fragmento de la historia de las tribus eslavas” que proyecta “un rayo de luz sobre el crepúsculo de las grandes emigraciones”, como dice B. A. Pantchenko, que ha publicado y comentado dicho documento⁸⁹. Desde el siglo VII, el problema de las colonias eslavas del Asia Menor reviste una importancia excepcional.

La segunda mitad del siglo VII se señaló también por la formación del nuevo reino de Bulgaria en la frontera septentrional del Imperio bizantino, en las orillas del Danubio inferior. La historia ulterior de este Estado había de tener extrema importancia para los destinos del Imperio. En aquel período primitivo poblaban el nuevo reino los antiguos búlgaros, raza de origen húnico (turco).

Bajo Constante II una horda búlgara, conducida por Ispersiah, fue obligada por los kázaros a dirigirse al oeste de las estepas costeras del mar de Azov y se estableció en la desembocadura del Danubio. Después, avanzando más hacia el sur, penetró en la parte del Imperio bizantino hoy llamada Dobrudya. Según demuestra V. N. Zlatarski, aquellos búlgaros habían convenido antes con Bizancio un acuerdo por el que se obligaban a defender la frontera danubiana contra los ataques de otros bárbaros. Es difícil establecer lo fundado o infundado de tal aseveración, por lo poco que se conoce de la historia búlgara primitiva. En todo caso, si existió tal pacto no rigió mucho tiempo. La horda búlgara inquietaba mucho al emperador y en 679 Constantino IV emprendió una expedición contra ella. La expedición terminó con la completa derrota del ejército bizantino y el emperador hubo de firmar un tratado obligándose a pagar a los búlgaros un tributo anual y a cederles los territorios comprendidos entre el Danubio y los Balcanes, es decir, las antiguas provincias de Mesia y Escitia Menor (actual Dobrudya). La desembocadura del Danubio y parte del litoral del mar Negro quedaron en manos de los búlgaros. El nuevo reino, reconocido así por el emperador de Bizancio, se convirtió en un peligroso vecino del Imperio.

Después de afirmarse políticamente, los búlgaros fueron ensanchando de modo gradual sus posesiones territoriales y entraron en contacto con la compacta población eslava de las provincias fronterizas. Los recién llegados introdujeron entre los eslavos la organización militar y la disciplina. Obrando como un elemento unificador entre las tribus eslavas de la península, que habían vivido hasta entonces en grupos separados, los búlgaros fundaron poco a poco un poderoso Estado que Bizancio, con razón, estimó indeseable. En consecuencia, los soberanos bizantinos organizaron numerosas campañas contra eslavos y búlgaros. Los búlgaros de Ispersich, menos numerosos que los eslavos, no tardaron en ser influidos por éstos. Entre los búlgaros, pues, se produjeron grandes modificaciones que afectaron a su raza. Gradualmente perdieron su nacionalidad, turca de origen, y hacia mediados del siglo IX estaban eslavizados del todo. No obstante aun llevan hoy su antiguo nombre de búlgaros.

En 1899-1900, el Instituto Arqueológico Ruso de Constantinopla emprendió búsquedas en el supuesto emplazamiento de una antigua residencia búlgara (aul) y descubrió vestigios interesantísimos. En donde se levantó la antigua capital del reino —

⁸⁹ B. A. Pantchenko, *Un monumento eslavo-bitinio del siglo VII*. Informes del Instituto Arqueológico Ruso de Constantinopla, tomo VIII, núms. 1-2 (Sofía, 1902).

Pliska o Pliskova—, no lejos de la contemporánea población de Abova, en la Bulgaria del nordeste, algo al norte de Chumen, se han descubierto los cimientos del palacio de los primeros kanes de Bulgaria y parte de sus muros, con torres y puertas; también los cimientos de un templo grande, inscripciones, numerosos objetos de arte y decoración, monedas de oro y bronce, sellos de plomo, etc. Por desgracia es imposible apreciar y comentar como se debiera los documentos, a causa de la penuria de fuentes relativas a ese período. Hemos de limitarnos, por hoy, a hipótesis y conjeturas. F. I. Uspenski, que dirigió las investigaciones, declara que “los descubrimientos hechos por el Instituto en el campo situado cerca de Chumen han aclarado hechos muy importantes, que constituyen una base suficiente para la adquisición de ideas netas respecto a la horda búlgara que se estableció en los Balcanes y a las graduales transformaciones en ella producidas bajo el influjo de su contacto con Bizancio”. Según el mismo historiador, “está demostrado por los primeros documentos relativos a los usos y costumbres de los búlgaros y que las que las búsquedas efectuadas en el solar de su antigua capital han permitido descubrir que los búlgaros sufrieron asaz pronto la influencia de la civilización de Constantinopla y que sus kanes adoptaron poco a poco en su corte las costumbres y ceremonias de la corte bizantina”. La mayoría de los objetos desenterrados en el curso de las excavaciones pertenecen a una época más reciente que la de Isperrich, remontándose sobre todo a los siglos VIII y IX. Esas investigaciones distan mucho de haber terminado.

A mediados del siglo VII la situación de Constantinopla se modificó del todo. La conquista de las provincias orientales y meridionales por los árabes, los frecuentes ataques de éstos a las provincias del Asia Menor, las victoriosas expediciones de la flota musulmana en los mares Mediterráneo y Egeo y, de otra parte, el nacimiento del reino búlgaro en la frontera septentrional y el avance progresivo de los eslavos de los Balcanes hacia la capital bizantina, el litoral egeo y el interior de Grecia, fueron factores que crearon nuevas y particulares condiciones de vida para Constantinopla, la cual cesó de sentirse segura. La capital había tomado siempre su potencia de las provincias orientales y ahora parte de ellas quedaba desgajada del Imperio y otra quedaba expuesta, en múltiples puntos, a peligros y amenazas. Sólo teniendo en cuenta estas nuevas condiciones puede comprenderse realmente el deseo de Constante II de abandonar Constantinopla y llevar la capital a la antigua Roma u otro punto cualquiera de Italia.

Los cronistas explican la marcha del soberano alegando que huyó de la capital por temor al odio del pueblo, indignado ante el asesinato del hermano del emperador, puesto que tal asesinato, dicen, había sido ordenado por el último. Esta explicación difícilmente puede ser aceptada por los historiadores.

La razón verdadera fue que el emperador no consideraba ya Constantinopla como residencia segura y volvía sus ojos hacia el oeste. Además, es probable que se diese cuenta de que la amenaza árabe iba inevitablemente a pasar del África del Norte a Italia y Sicilia y decidiese reforzar el poder del Imperio en la zona occidental del Mediterráneo, situándose personalmente allí, lo que le permitiría tomar todas las medidas necesarias para impedir la expansión de los árabes allende las fronteras egipcias. Es probable que el emperador no se propusiera abandonar Constantinopla para siempre y que desease sólo dar al Imperio un segundo punto central en Occidente, como en el siglo IV, esperando contribuir así a detener los progresos de los árabes. En todo

caso, la ciencia histórica moderna explica la actitud de Constante II respecto al oeste, un poco enigmática a primera vista, no por la imaginación emotiva y turbada del emperador, sino por las condiciones políticas imperantes entonces en Oriente al sur y al norte.

Pero la situación de Italia no era muy alentadora. Los exarcas de Ravena, que habían dejado de sentir el peso de la voluntad del emperador por la mucha distancia que les separaba de Constantinopla y por la extrema complejidad de la situación en Oriente, tendían sin ambages a la defección. Los lombardos poseían gran parte del país. La autoridad del emperador sólo era reconocida en Roma, Nápoles, Sicilia y casi todo el sur de Italia, donde predominaba la población griega.

Al partir de Constantinopla, Constante II se encaminó a Italia, pasando por Atenas. Detúvose en Roma, en Nápoles, en la región meridional de Italia y, al fin, en la ciudad siciliana de Siracusa, donde se instaló. Vivió en Italia los cinco últimos años de su reinado sin poder cumplir sus proyectos iniciales. Su lucha contra los lombardos no fue afortunada. Sicilia estuvo sin cesar amenazada por los árabes. Se formó una conjura contra el emperador y éste murió miserablemente asesinado en un establecimiento balneario de Siracusa.

A su muerte se renunció a la idea de trasladar a Occidente la capital y su hijo, Constantino IV, permaneció en Constantinopla.

“Exposición de Fe” de Heraclio. Tipo de Fe. Sexto concilio ecuménico.

Ya vimos que las campañas de Heraclio contra los persas, al devolver al Imperio sus provincias monofisitas —Egipto, Siria, Palestina—, pusieron una vez más en su primer plano el problema de la política gubernamental respecto a los monofisitas. Durante las mismas campañas Heraclio entabló negociaciones con los obispos monofisitas de las provincias orientales, a efectos de lograr una cierta unidad para la Iglesia mediante algunas concesiones dogmáticas. Resultó que tal unidad sería posible si los ortodoxos consentían en reconocer que Jesucristo tenía dos substancias y una “operación” o actividad (energía) o una voluntad. De esta última palabra procede el nombre de monotelismo que designa aquella doctrina y por el cual se la conoce en la historia. Antioquía y Alejandría, representadas por sus patriarcas monofisitas nombrados por Heraclio, consintieron en trabajar en la conclusión de un acuerdo. Sergio, patriarca de Constantinopla, debía también ayudar a la realización de ese proyecto de unidad. Pero Sofronio, monje palestino residente en Alejandría, se alzó contra la doctrina monotelista. Sus argumentos contra la nueva doctrina causaron viva impresión, amenazando arruinar la política conciliatoria de Heraclio. El Papa de Roma, Honorio, comprendiendo el peligro de todas aquellas disputas dogmáticas, no resueltas por los concilios ecuménicos, declaró que la doctrina de una voluntad única estaba de conformidad con el cristianismo. Pero Sofronio, a la sazón elevado a patriarca de Jerusalén, lo que le permitía ejercer una influencia aun más extensa y profunda, envió una carta sinodal al arzobispo de Constantinopla mostrándole, con gran habilidad teológica, la insuficiencia del monotelismo. Previendo la inminencia de grandes discordias religiosas, Heraclio publicó la *Ecthesis* o “Exposición de Fe”, que reconocía dos naturalezas y una voluntad en Jesucristo. La parte cristológica aquel documento había sido compuesta por el patriarca Sergio. El emperador esperaba que su *Ecthesis*

haría progresar mucho la idea de reconciliación e monofisitas y ortodoxos, pero sus esperanzas se acreditaron de infundadas, una parte el nuevo Papa no aprobó la *Ecthesis* y, esforzándose en defender la existencia de dos voluntades y dos actividades en Jesús, declaró herética la doctrina monotelista. Este acto del Papa irritó al emperador y puso en gran tensión sus relaciones con la Santa Sede⁹⁰. Por otra parte, la *Ecthesis* se publicaba; un momento en que, por fuerza de las cosas, no podía surtir el efecto anhelado: el fin principal del emperador era reconciliar las provincias monofisitas con ortodoxas, pero en el año 638, fecha de la publicación de su *Ecthesis*, Palestina y la zona bizantina de Mesopotamia ya no pertenecían al Imperio, por haberlas ocupado los árabes. Quedaba Egipto, más sus días estaban contados. La cuestión monofisita había perdido importancia política y el decreto de Heraclio no tuvo trascendencia. Conviene, además, recordar que otros ensayos anteriores de compromiso religioso no habían sido satisfactorios ni logrado nunca resolver los problemas esenciales, a causa sobre todo de la obstinación de la mayoría de ambos bandos.

A la muerte de Heraclio el gobierno siguió siendo partidario del monotelismo — aunque el movimiento hubiese perdido ya importancia política—, pero a la vez procuró mantener relaciones amistosas con la Santa Sede. Tras la conquista de Egipto por los árabes hacia 640-50 aproximadamente, el Imperio hizo varias tentativas para reconciliarse con el Papa, ofreciendo introducir modificaciones en el monotelismo. Con tal intención, Constante II publicó en 648 el “Tipo” o “Tipo de Fe” que prohibía “a todos los súbditos ortodoxos que estaban en la fe cristiana inmaculada y pertenecían a la Iglesia católica y apostólica, luchar o querellarse unos con otros sobre una voluntad u operación (energía) o dos operaciones (energías) y dos voluntades”. El “Tipo” no prohibía sólo toda controversia sobre la unidad o dualidad de la voluntad de Jesucristo, sino que ordenaba también que se hiciesen desaparecer las disertaciones escritas sobre la materia y, por tanto, la *Ecthesis* de Heraclio, fija en el nartex de Santa Sofía. Pero con esta medida Constante no introdujo la paz deseada.

En presencia de los representantes del clero griego, en el sínodo de Letrán, el Papa Martín condenó “la muy impía *Ecthesis* y el malvado *Tipo*” y declaró culpables de herejías a todos aquellos cuyos nombres estaban vinculados a la composición de los dos edictos. Por otra parte, el eminente teólogo Máximo el Confesor, se opuso resueltamente al “Tipo”, así como a la doctrina monotelista en general. El hondo descontento provocado por la política religiosa del emperador hízose asimismo más fuerte cada vez en la Iglesia oriental.

Irritado por la actitud del Papa en el sínodo de Letrán, Constante II ordenó al exarca de Ravena prender a Martín y enviarlo a Constantinopla. El exarca ejecutó la orden y, ya en Constantinopla, Martín fue acusado de haber querido provocar un alzamiento contra el emperador en las provincias orientales, siendo sometido a humillaciones terribles y puesto en prisión. Poco después se le envió a la lejana ciudad de Querson, en la costa meridional de Crimea, ordinario lugar de destierro de los personajes que caían en desgracia en la época bizantina. Martín murió a poco de su llegada a Querson. En sus cartas desde aquel punto se quejaba de las malas condiciones de su vida y pedía a sus

⁹⁰ Sin embargo, cuando Juan IV, inmediato sucesor de Severino, ratificó la condena de la *Ecthesis*, el emperador, para exculparse, le contestó diciendo que “compúsole Sergio cinco años antes de mi regreso de Oriente, y estando en Constantinopla me rogó que hiciese publicar en mi nombre y con mi firma” (Concil. VI, act. 5, 11). Mas la muerte de Heraclio no modificó la situación.

amigos que le enviasen alimentos, sobre todo pan, “que en Querson es un tema de conversación, pero no se ve nunca”⁹¹. Por desgracia hay pocos pasajes de Martín que nos den informes de interés sobre la civilización y estado económico de Querson en el siglo VII

El emperador y el patriarca de Constantinopla prosiguieron negociaciones con los sucesores de Martín en el trono pontificio y al fin hicieron la paz con el segundo de dichos sucesores, Vitaliano. Así terminó el cisma. La reconciliación religiosa con Roma fue políticamente importante para Bizancio porque reforzó la posición del emperador en Italia. Máximo el Confesor, que había opuesto en Italia una celeberrima resistencia al monotelismo, fue apresado por el exarca de Ravena y se le trasladó a Constantinopla, donde se le juzgó, se lo condenó cruelmente. Murió, mártir, en el destierro.

Aunque el monotelismo hubiese perdido su importancia política, continuaba sembrando discordia entre el pueblo, incluso después de la prohibición ordenada en el “Tipo”. Así, el sucesor de Constante II, Constantino IV (668-685) deseando restablecer por completo la paz religiosa en el Imperio, convocó en Constantinopla, en 680, el sexto concilio ecuménico, el cual condenó el monotelismo y reconoció en Jesucristo dos naturalezas desarrolladas en una hipóstasis única y “dos voluntades y operaciones (energías) coexistiendo armoniosamente con miras a la salvación de la humanidad”.

La paz con Roma quedaba restablecida. El mensaje enviado por el sexto concilio al Papa le calificaba de “Jefe de la Primera Sede de la Iglesia Universal, asentado sobre la sólida roca de la Fe” y le decía que el escrito del Papa, al emperador exponía los principios verdaderos de la religión.

Así, bajo el reinado de Constantino IV, el gobierno bizantino se declaró definitivamente contra el monotelismo y el monofisismo. Los patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalén —ciudades arrancadas al Imperio por la conquista árabe—, no dejaron de participar en el concilio ecuménico, enviando a él sus representantes. Macario, patriarca de Antioquía, que según toda verosimilitud habitaba en Constantinopla y no tenía otra jurisdicción real que Cilicia e Isauria, abogó en el concilio por el monotelismo y fue, por tal hecho, depuesto y excomulgado. Las decisiones del sexto concilio demostraron a Siria, Palestina y Egipto que Constantinopla abandonaba el deseo de entrar en el camino de la reconciliación religiosa no pertenecían a Bizancio. La paz con Roma se compró, pues, al precio de un abandono total de las poblaciones monofisitas y monotelistas de las provincias orientales, hecho que contribuyó mucho al afincamiento futuro de la dominación árabe en aquellas provincias. Siria, Palestina y Egipto quedaban separadas en definitiva del Imperio.

No puede decirse que durara mucho el acuerdo logrado con Roma en el sexto concilio ecuménico. En vida de Justiniano II, sucesor de Constantino IV, las relaciones del Imperio con Roma volvieron a ser muy tensas. Deseoso de rematar la obra de los concilios ecuménicos quinto y sexto, Justiniano II convocó en Constantinopla (692) un sínodo que se reunió en el Palacio Cupulado. Llamóse a ese concilio *Concilio en Trullo*, (griego “domo” o “cúpula”), y también *Quinisexto* (“Quinisextum”). porque concluyó

⁹¹ *Epístolas de Martín*, XVI.

la tarea de los dos concilios precedentes. Aquel sínodo se dio a sí mismo el nombre de ecuménico.

El Papa Sergio negóse a firmar las actas del concilio a causa de ciertas cláusulas, como la prohibición del ayuno en sábado, el permiso de contraer matrimonio a los sacerdotes, etc. Justiniano, siguiendo el ejemplo de Constante II al desterrar a Martín a Crimea, mandó prender a Sergio y llevarle a Constantinopla. Pero el ejército de Italia defendió al Papa contra el comisario imperial y éste sólo merced a la intercesión del Pontífice pudo salvar la vida.

En el segundo reinado de Justiniano II, el Papa Constantino, por invitación del emperador, acudió a Constantinopla. Éste fue el último Papa a quien se llamó a la capital del Imperio.

El obispo de Roma fue tratado con los mayores honores por Justiniano, quien, según el biógrafo del Papa, se prosternó, cubierto con la corona imperial, ante el soberano pontífice y besó sus pies. Justiniano y el Papa llegaron a un acuerdo satisfactorio, más no poseemos sobre ese punto ningún informe preciso. El historiador religioso alemán Hefele observa que el Papa Constantino siguió sin duda el mismo camino del justo medio que el Papa Juan VI (872-882) adoptó después, declarando que “aceptaba todos los cánones que no estuviesen en contradicción con la verdadera fe, las buenas costumbres y los decretos de Roma”.

Con gran alegría del pueblo el Papa volvió a Roma sano y salvo. Parecía que la paz religiosa habíase afirmado al fin en las considerablemente reducidas fronteras del Imperio.

Desarrollo de la organización de los *themata* en la época de la dinastía de Heraclio.

En la historia bizantina suele hacerse remontar el origen de la organización de los *themata* a la época de la dinastía de Heraclio. Por organización de los *themata* entendemos la especial organización de las provincias dictada por las condiciones de los tiempos y cuya característica fue el aumento de los poderes militares de los gobernadores de las provincias y, como resultado, la hegemonía completa de éstos sobre las autoridades civiles. Conviene recordar que ese cambio no se cumplió de una vez, sino mediante una evolución progresiva y lenta. Durante mucho tiempo la palabra griega *thema*, significó un cuerpo de ejército acantonado en una provincia y sólo más tarde, y según toda verosimilitud en el siglo VIII, empezó esa expresión a emplearse para designar, no sólo las fuerzas militares, sino también la provincia ocupada por ellas. Así principió a aplicarse a las divisiones administrativas del Imperio.

La principal fuente bizantina relativa al asunto de los *themata* es la obra titulada *De los themata*, escrita por Constantino Porfirogénito en el siglo X y, en consecuencia, bastante tardía. Esa obra tiene también la desventaja de apoyarse a veces en escritos geográficos de los siglos V y VI, utilizados, superficialmente o bien copiados a la letra en ocasiones. Pero, aunque ese tratado del imperial escritor no nos dé informes de la organización de los *themata* en el siglo VII, establece un vínculo entre la génesis del sistema y el nombre de Heraclio. Dice el emperador: “Después de la muerte de Heraclio el Libio (es decir, el Africano), el Imperio romano se encontró reducido en dimensión y mutilado a la vez en Oriente y Occidente”. Se encuentran datos muy interesantes, pero

no plenamente explicados, sobre este problema, en las obras de dos geógrafos árabes, uno de la primera mitad del siglo IX, Ibn-Khurdadhbah, y otro del principio del X, Kudama. Mas tampoco ellos, naturalmente, son contemporáneos de Heraclio. Para el estudio de los orígenes del sistema de los *themas*, los historiadores han utilizado notas incidentales de los cronistas, en especial el mensaje latino de Justiniano II al Papa, fechado en 687, relativo a la confirmación del sexto concilio ecuménico. Esta misiva contiene una lista de los distritos militares de la época, no citados aun como *themas*, sino con la palabra latina de *exercitus* (ejércitos). Y en las fuentes históricas de ese período el término latino *exercitus* y el griego se emplean en ocasiones para designar un territorio o provincia sometido a la administración militar.

Los verdaderos precursores de los *themas* fueron los exarcados de Cartago y Ravena, creados a fines del siglo VI.

Como vimos, la ofensiva lombarda en Italia y la beréber o mora en África habían provocado cambios profundos en la administración. El gobierno central se esforzó en crear un sistema de defensa más eficaz contra sus enemigos y para ello constituyó en sus provincias fronterizas grandes unidades territoriales con poderes militares vigorosos. Por otra parte, las conquistas persas, y después árabes, del siglo VII, al privar a Bizancio de sus provincias orientales, modificaron en absoluto la situación del Asia Menor. Ésta, que en la práctica nunca había necesitado defensa seria, hallóse de pronto gravemente amenazada por sus vecinos los musulmanes. Tal estado de cosas obligó al gobierno bizantino a tomar medidas decisivas en su frontera oriental, reagrupando las fuerzas militares, estableciendo nuevas divisiones administrativas y dando predominio las autoridades castrenses, cuyos servicios eran entonces de máxima importancia para el Imperio. No menos grave fue la situación creada cuando se construyeron la flota árabe, que casi señoreó el Mediterráneo a partir del siglo VII, amenazando las costas del Asia Menor, las islas del Archipiélago e incluso las riberas de Italia y Sicilia. Al noroeste del Imperio los eslavos ocupaban parte considerable de la península balcánica y penetraban en Grecia y el Peloponeso. En la frontera del norte se formaba el reino búlgaro (segunda mitad del siglo VII). Este conjunto de circunstancias colocó al Imperio en condiciones nuevas de todo, obligándole a recurrir a la creación, en las provincias más amenazadas, extensos distritos bajo la dirección de una fuerte autoridad militar. Asiste: así, a un proceso de progresiva militarización del Imperio.

Como principio general no hemos de perder de vista el hecho de que los *themas* no fueron resultado de un acto legislativo concreto. Cada tema tuvo historia propia, a menudo larga. El problema general del origen de los *themas* no puede resolverse sino mediante investigaciones particulares sobre cada uno. En este aspecto los escritos de Kulakovski ofrecen vivo interés. Estima Kulakovski, por ejemplo, que las medidas militares adoptadas por Heraclio después de su victoria sobre Persia fueron el punto de arranque del nuevo régimen administrativo. Bréhier sostiene igual opinión. Al reorganizar Armenia, Heraclio no nombró un administrador civil. Así, el método de *themas* sería la aplicación a otras provincias del sistema inaugurado por Heraclio en Armenia.

Acaso quepa ver en el ejemplo de Armenia un episodio de la militarización progresiva del Imperio en Oriente en la época de Heraclio, bajo la presión del peligro persa.

Hablando de la organización de los *themas* bajo Heraclio, Uspenski sostiene, que los eslavos, que en aquella época cubrían la península balcánica, “contribuyeron a la formación de los *themas* en el Asia Menor, proporcionando considerable número de voluntarios para la colonización de Bitinia”⁹². Cabe, por supuesto, no aceptar este juicio del sabio ruso. Nada sabemos de una inmigración en masa de eslavos al Asia Menor antes del traslado al tema de Opsikion, bajo Justiniano II, a fines del siglo VII, de más de ochenta mil eslavos, como antes dijimos.

Nos consta que, para cerrar el paso a la amenaza inminente, se crearon en Oriente, en el siglo VII, cuatro grandes distritos militares, más tarde llamados *themas*: dos eran el Armenio (*Armeniakoï*), al nordeste del Asia Menor, en la frontera armenia⁹³ y el Anatólico (*Anatolikoï*, de la palabra griega equivalente a Anatolia, “el este”). Estos distritos ocupaban toda la parte central del Asia Menor, desde las fronteras de Cilicia, al este, a las costas del Egeo, al oeste, y debían proteger al Imperio contra los árabes. “El *Opsikion* imperial, protegido de Dios”, (en latín *obsequium*), en Asia Menor, no lejos del mar de Mármara, protegía la capital contra otros enemigos exteriores.

El tema marítimo Caravisionorum, llamado más tarde, acaso en el siglo VIII, Cibyraïote (*Cibyrrhaeote*), en el litoral meridional del Asia Menor e islas vecinas, defendía Bizancio contra los ataques de la flota árabe. Respecto a la formación de esos primeros cuatro *themas* en Oriente, surge un problema interesante: la sorprendente analogía entre esas medidas de los soberanos bizantinos y la militarización del Imperio persa de los sasánidas bajo Kavád y Cosroes Anushilan en el siglo VI. En Persia, concluidas las reformas, todo el territorio persa se halló igualmente dividido en cuatro mandos militares. Stein escribe: “La analogía se revela tan completa, que sólo una voluntad consciente pudo crearla”.

Podemos deducir como conclusión, que teniendo en cuenta ciertas fuentes, de que Heraclio estudió las reformas de Kavád y de Cosroes y quizá se sirvió incluso de documentos tomados de los archivos persas. “Aprender de los enemigos ha sido en toda época el deseo de todo verdadero estadista” (Stein).

En la península de los Balcanes se organizó el distrito de Tracia contra eslavos y búlgaros. Más tarde, acaso a fines del siglo VII, se creó el distrito militar griego de la Hélade o Heládico (*Helladikoï*), medida adoptada contra las invasiones eslavas en Grecia. En la misma época se creó el distrito de Sicilia contra los ataques marítimos de los árabes, que empezaban a amenazar el occidente del Mediterráneo. Por lo común, con raras excepciones, aquellos distritos o *themas* fueron gobernados por estrategas (*strategoï*), es decir, generales. El jefe del tema Cybyrrhaeote recibió el título de *drungarius* (vicealmirante) y el gobernador de Opsikion el de *comes*.

En el siglo VII, ante la gravedad del peligro persa, Heraclio se afanó mucho en aquella militarización del Imperio. Pero, a cuanto podemos saber, sólo logró reorganizar Armenia. Tras la brillante victoria sobre los persas y la recuperación de Siria, Palestina y Egipto, se imponía ante el emperador, y con urgencia, la reorganización de aquellas provincias. No tuvo tiempo de ejecutarla, porque a poco las conquistaron los árabes. Ya

⁹² Uspenski, *Historia del Imperio bizantino* (San Petersburgo, 1914).

⁹³ Constantino Porfirogenito declara que el nombre de Armeniakoi apareció bajo Heraclio (*De Thematibus*).

no existía el peligro persa, pero sí otro más grave y amenazador: el árabe. Los sucesores de Heraclio, siguiendo las vías trazadas por éste, crearon contra la amenaza árabe los distritos militares indicados arriba y no llamados *themas* aún. A la vez, el peligro eslavo y búlgaro en el norte del Imperio obligó a los sucesores de Heraclio, en el mismo siglo VII, a extender análogos métodos de defensa y protección a la península balcánica y a Grecia.

En las grandes circunscripciones militares señaladas y en los dos exarcados, las autoridades civiles no cedieron de momento el paso a los gobernadores militares. La administración civil y las provincias civiles (*eparquías*) siguieron existiendo bajo el nuevo régimen en la mayor parte de los distritos. Pero las autoridades militares, investidas de plenos poderes para atajar los peligros exteriores, adquirieron cada vez más influencia sobre la administración civil. Como nota Stein, “lo sembrado por Heraclio se desarrolló maravillosamente a continuación”.

La anarquía de 711-717.

Los tres emperadores Bardanes o Filípico, Anastasio II y Teodosio III, que ocuparon el trono después de Justiniano II, fueron derribados en muy poco tiempo. La anarquía y la sedición reinaban en todo el Imperio. Bardanes, al favorecer el monotelismo, rompió con Roma, pero Anastasio restableció la paz con el Papa. En política exterior el Imperio fue muy desgraciado. Los búlgaros, resueltos a vengar la muerte de Justiniano, que les había atestiguado amistad, marcharon hacia el sur, alcanzando Constantinopla. Los árabes avanzaban sin cesar por tierra, en el Asia Menor, así como por mar en el Egeo y la Propóntide, y amenazaron la capital también. El Imperio atravesaba uno de sus más críticos períodos, comparable al que precedió a la revolución del 610. Una vez más, las circunstancias exigían un hombre lo bastante fuerte y capaz para salvar al Imperio de una ruina inevitable. Hallóse tal hombre en León, estratega del distrito Anatólico, y que tenía muchos partidarios. El débil Teodosio III, comprendiendo su absoluta impotencia ante el peligro inminente, renunció a su dignidad imperial y el 717 León entró solemnemente en Constantinopla, siendo coronado emperador por el patriarca en la iglesia de Santa Sofía.

León perdonó la vida a Teodosio III. De este modo se elevó al Imperio uno de los gobernadores de *themas*, investido de grandes poderes militares.

La literatura, la instrucción y el arte en la época de la dinastía de Heraclio.

En letras y arte, el período 610-717 es el más sombrío de toda la historia de Bizancio. Dijérase que, tras la notable fecundidad del siglo anterior, hubiera desaparecido por completo la potencia creadora del espíritu. La razón principal de la esterilidad de ese período debe buscarse en la situación política de un Imperio obligado a concentrar todas sus energías en la defensa de su territorio contra el enemigo exterior. La conquista por los persas —y después por los árabes— de Siria, Palestina, Egipto y África del Norte, las regiones más avanzadas en civilización, las más fecundas en lo intelectual; la amenaza arábiga en Asia Menor, en las islas mediterráneas y hasta en Constantinopla; el peligro avaro-eslavo en la península de los Balcanes, formaban un conjunto de causas suficientes para trabar por completo todo empuje intelectual y

artístico. Y tan desfavorables condiciones no sólo comprendían las provincias desgajadas del Imperio, sino las aun pertenecientes a él.

En todo ese período no tuvo Bizancio un solo historiador. Un diácono de Santa Sofía, Jorge de Pisidia (provincia del Asia Menor), que vivió durante el reinado de Heraclio, describió, empero, en versos correctos y armoniosos, la campañas militares de aquel emperador contra persas y avaros. Tres obras históricas nos ha legado ese autor, que versan sobre la expedición del emperador Heraclio contra los persas, la ofensiva de los avaros contra Constantinopla en el año 626 y su derrota por intercesión de la Santa Virgen, y la *Heraclíada*, panegírico en honor del emperador, con ocasión de la victoria final de éste sobre los persas.

Entre otros libros de Jorge de Pisidia, de carácter polémico, elegiaco y teológico, podemos citar el *Hexamerón* (los “Seis Días”), especie de poema didáctico filosófico-teológico, que trata de la creación del mundo y alude a los sucesos contemporáneos. Esa obra, de tema muy familiar a los escritores cristianos, se difundió allende las fronteras del Imperio bizantino. Conocemos, por ejemplo, una traducción eslavorrusa del *Hexamerón*, que se remonta al siglo XIV. El talento poético de Jorge de Pisidia fue apreciado en los siglos sucesivos, y en el XI, Miguel Psellos, el famoso historiador y filósofo bizantino, se halló ante la siguiente pregunta que le formularon: “¿Quién escribió mejor en verso, Eurípides o Jorge de Pisidia?” La ciencia contemporánea estima a Jorge como el mejor poeta profano de Bizancio.

Entre los cronistas debemos mencionar a Juan de Antioquía y al autor anónimo del *Chronicon Paschale* (“Crónica Pascual”).

Juan de Antioquía, que vivió probablemente en la época de Heraclio, escribió una crónica universal que empieza por Adán y termina con la muerte del emperador Focas (610). La obra sólo nos ha llegado en fragmentos y entre los sabios han surgido grandes discusiones sobre la personalidad del autor. Incluso se le ha identificado a veces con Juan Malalas, también de Antioquía. A cuanto cabe juzgar por los fragmentos que nos han llegado, la obra de Juan de Antioquía debe ser considerada superior a la de Malalas, porque no mira la historia universal desde el punto de vista parcial de un habitante de Antioquía, sino que tiene miras históricas mucho más elevadas. También utiliza con más destreza las fuentes primitivas.

Asimismo en la época de Heraclio, un sacerdote desconocido compuso la referida *Chronicon Paschale* o “Crónica Pascual”, que es una seca enumeración de los hechos ocurridos desde Adán hasta el 629 d.C. y contiene algunas observaciones históricas bastante interesantes. El principal atractivo de esta obra sin originalidad, consiste en la determinación de las fuentes empleadas para la crónica y en la parte que trata de los sucesos contemporáneos al autor.

En teología, la disputa monotelista, como antes la monofisita, produjo una literatura muy vasta, que no nos ha llegado, al ser condenada por los concilios del siglo VIII y sufrir el destino de desaparecer rápidamente, como los escritos monofisitas. Así, si podemos juzgar esa literatura es casi exclusivamente por las actas del sexto concilio ecuménico y por las obras de Máximo el Confesor, donde, en el curso de su refutación, se hallan citas de fragmentos de esas obras desaparecidas.

Máximo el Confesor figura entre los más notables teólogos de Bizancio. Contemporáneo de Heraclio y de Constante II, fue defensor convencido de la ortodoxia en la disputa monotelista. Su fe le costó ser aprisionado y, tras muchas torturas, enviado al destierro en la lejana provincia de Laziquia, en el Cáucaso, donde pasó el resto de sus días. En sus obras, que versan sobre polémica, sobre exégesis de las Escrituras, sobre ascetismo, sobre misticismo y sobre liturgia, se refleja en particular la influencia de los tres famosos Padres de la Iglesia: Atanasio el Grande, Gregorio Nacianzeno y Gregorio de Nissa, así como los conceptos místicos de Dionisio de Areopagita (el “Seudo-Areopagita”), muy difundidos en la Edad Media. Los escritos de Máximo tuvieron mucha importancia para el desarrollo del misticismo bizantino. “Combinando el seco misticismo especulativo del Áreopagita —escribe un sabio contemporáneo que ha estudiado a Máximo— con los problemas éticos vivientes del ascetismo contemplativo, el bienaventurado Máximo creó en Bizancio un tipo vivo de misticismo que reapareció en las obras de muchos ascéticos posteriores. Así, puede considerársele el creador del ascetismo bizantino en toda la acepción del vocablo”⁹⁴. Por desgracia Máximo no ha dejado una exposición sistemática de sus conceptos, y debemos buscarla, dispersa, en todos sus escritos. Además de trabajos teológicos y místicos, Máximo compuso muchas epístolas interesantes.

La influencia e importancia de los escritos de Máximo no se refirieron exclusivamente a Oriente. También se propagaron a Occidente, donde hallamos un eco de ello: en las obras del famoso pensador occidental del siglo IX, Juan Escoto Eriúgena, quien se interesó mucho también por la obra de Dionisio el Áreopagita, afirmando, más tarde, que no había llegado a comprenderlas “muy oscuras” ideas del Áreopagita sino gracias a la “maravillosa manera” como las explicaba Máximo, a quien Eriúgena califica de “divino filósofo”, de “omnisciente”, de “el más eminente de los maestros”, etc. Una obra de Máximo sobre Gregorio el Teólogo fue traducida al latín por Eriúgena. Un contemporáneo de Máximo —si bien más joven que él—, Anastasio Sinaít (es decir, “del Sinaí”), escribió obras de polémica y exégesis de modo análogo a de Máximo, pero con mucho menos talento.

En el dominio de la hagiografía cabe citar el nombre de Sofronio, patriarca de Jerusalén, quien asistió al cerco de la Ciudad Santa por los árabes y escribió un largo relato del martirio y milagros de los dos santos nacionales egipcios Ciro y Juan. Su obra contiene abundancia de informes sobre la geografía e historia de usos y costumbres. Más interesantes todavía son los escritos de Leoncio, obispo de Neápolis de Chipre, quien también vivió en el siglo VII Leoncio es autor de varias *Vidas*, entre ellas la *Vida de Juan el Misericordioso*, arzobispo de Alejandría en el siglo VII, y la cual ofrece particular interés para la historia de la vida social y económica de ese período. Leoncio de Neápolis se distingue de la mayoría de los hagiógrafos en que escribió para la masa de la población, y por tanto su lenguaje está muy influido por el vulgarmente hablado entonces.

En el campo de la himnología religiosa el vil siglo está representado por Andrés (Andreas) de Creta, originario de Damasco y que pasó la mayor parte de su vida en Siria y Palestina después de la conquista árabe. Más adelante se le nombró arzobispo de Creta. Se le conoce principalmente, en cuanto autor de himnos, por su *Canon Mayor*,

⁹⁴ S. Epifanovitch, *El bienaventurado Máximo el Confesor y la teología bizantina* (Kiev, 1915).

que se lee aun hoy, en la Iglesia ortodoxa, dos veces durante la Cuaresma. Ciertas partes de ese canon testimonian influjos de Romanos el Méloda. El canon enumera los principales hechos del Antiguo Testamento, empezando por la caída de Adán, y las palabras y actos del Salvador.

Por este breve bosquejo de la actividad literaria de los sombríos años de prueba de la dinastía heracliana, cabe ver que la mayoría de los escasos escritores bizantinos de la época procedieron de las provincias orientales, algunas de ellas ya bajo la dominación musulmana.

Considerando los hechos exteriores ocurridos durante la dinastía de Heraclio, no extrañará que no se haya conservado monumento artístico alguno de aquella época. No obstante, lo poco que nos ha llegado acredita la solidez de los fundamentos artísticos asentados en Bizancio durante la Edad de Oro de Justiniano el Grande.

Y si a partir de la segunda mitad del siglo VI el arte bizantino no revela sino muy débilmente en el Imperio mismo, en cambio su influencia se revela muy clara en el siglo VII allende las fronteras imperiales. Cierta número de iglesias armenias, cuya fecha nos consta, constituyen ejemplos espléndidos de la influencia bizantina. Entre ellas debemos señalar la catedral de Echmiatsin, restaurada entre 611 y 628; la iglesia de la ciudadela de Ani (622), etc. La mezquita de Omar en Jerusalén, edificada en 687-690, es una obra puramente bizantina. En fin, ciertos frescos de Santa María la Antigua, de Roma, pertenecen al siglo VII y a principios del VIII.

BIBLIOGRAFÍA

- A. KREMER, *Kulturgeschichte Des Orients* (Viena, 1875).
- A. KRYMSKI, *Historia Del Mahometanismo* (Moscú, 1903-4).
- A. MULLER, *Der Islam Im Margen Und Abendland* (Berlín, 1885).
- A. PERNICE, *L'imperatore Eraclio* (Florencia, 1905).
- C. DIEHL, *L'origine Du Régime Des Thémes Dans L'empire Byzantin. Etudes Byzantines* (París, 1905).
- C. N. USPENSKI, *La organización de los themas*, en su "Bosquejo de la historia de Bizancio" (Moscú, 1917).
- E. STEIN, *Ein Kapitel vom persischen und vom byzantinischen Staate* (Byzantinisch-neugriechische Jahrbucher), I (1920).
- E. STEIN, *Zur Entstehung der Themenverfassung*, en sus "Studien zur Geschichte der byzantinischen Reiches vornehmlich under der Kaisern Justinus II und Tiberius Constantinus" (Stuttgart, 1919).
- E. W. BROOKS, *Arabic Lists of the Byzantine Themes* Journal of Hellenic Studies, XXI (1901).
- F. I. USPENSKI, *La organización militar del Imperio bizantino* (Izvestia russkago arjeologi- cheskogo Instituta y Konstantinopolié), t. VI (1900).
- G. LASKIN, *Heraclio. El Estado Bizantino En La Primera Mitad Del Siglo VII* (Jarkov, 1889).
- G. WEIL, *Geschichte Der Chalifen* (Manheim, 1846).
- H. GEIZER, *Die génesis der byzantinischen Themenverfassung* (Leipzig, 1899).
- I. GOLDZIEHR, *Vorlesungen Über Des Islam*. (Heidelberg, 1910).
- J. KULAKOVSKI, *Historia de Bizancio* (1915).
- L. CAETANI, *Annali Dell'islam* (Milán, 1905-1926).
- L. CAETANI, *Studi Di Storia Oriéntale* (Milán. 1911-14).
- L. DRAPEYRON, *L'empereur Héraclius et l'Empire Byzantin au VII Siécle* (París, 1869).
- N. MEDNIKOV, *Palestina desde la conquista árabe hasta las Cruzadas, según las fuentes árabes* (San Petersburgo, 1897-1902).
- T. KAESTNER, *De Imperio Constantini , 641-668* (Leipzig, 1907).
- V. BECKER, *Vom Werden Und Wesen Der Islamischen Welt* (Leipzig, 1924).